

## LIBRO VIGÉSIMO.

CAMPAÑA DE SALAMANCA.— MOVIMIENTO DE WELLINGTON.— FUERTES DE SALAMANCA.— LOS ATACA WELLINGTON.— SE APODERA DE ELLOS.— VA WELLINGTON TRAS DEL EJÉRCITO DE MARMONT.— MOVIMIENTOS DE LOS FRANCESES Y DE LOS INGLESES EN EL DUERO.— EMPIEZA WELLINGTON Á RETIRARSE.— VÁRIAS MANIOBRAS DE AMBOS EJÉRCITOS.— SITUÁSE WELLINGTON CERCA DE SALAMANCA.— BATALLA DE SALAMANCA.— GÁÑANLA LOS ALIADOS.— GRACIAS CONCEDIDAS Á WELLINGTON.— CONTINÚAN RETIRÁNDOSE LOS FRANCESES.— AVANZA JOSÉ DE MADRID Á CASTILLA LA VIEJA.— GUERRILLEROS EN CASTILLA.— SEXTO EJÉRCITO ESPAÑOL: BLOQUEA VARIOS PUNTOS.— TOMA EL DE TORDESILLAS.— REVUELVE WELLINGTON CONTRA JOSÉ.— REENCUENTRO EN MAJADAHONDA.— RETÍRASE JOSÉ DE MADRID.— ENTRAN LOS ALIADOS EN LA CAPITAL.— PUBLICASE Y JÚRASE LA CONSTITUCION.— WELLINGTON ATACA EL RETIRO.— LE TOMA.— PROCLAMA DEL GENERAL ÁLAVA.— REPRENSIBLE PORTE DE D. CÁRLOS ESPAÑA.— OTRAS MEDIDAS DESACERTADAS.— LA DE MONEDAS.— TOMA EL EMPECINADO Á GUADALAJARA.— ABANDONAN EL TAJO LOS FRANCESES DEL CENTRO, Y SE DIRIGEN Á VALENCIA.— TRABAJOS QUE TUVIERON EN EL CAMINO.— ALGUNOS SUCESOS EN CASTILLA LA VIEJA.— LA GUARNICION DE ASTORGA SE ENTREGA Á LOS ESPAÑOLES.— SÉPTIMO EJÉRCITO ESPAÑOL. EVACUAN LOS FRANCESES Á SANTANDER.— SUCESOS DE VIZCAYA.— SALE WELLINGTON DE MADRID Y PASA Á CASTILLA LA VIEJA.— SUCESOS EN ANDALUCÍA.— LEVANTAN LOS FRANCESES EL SITIO DE CÁDIZ.— MARCHA DE CRUZ MOURGEON SOBRE SEVILLA.— EVACUA SOULT Á SEVILLA.— ARREMETE CRUZ MOURGEON EN TRIANA CONTRA LA RETAGUARDIA FRANCESA.— DOWNIE.— ENTRA CRUZ EN SEVILLA.— SIGUE SOULT SU RETIRADA HÁCIA MURCIA.— BALLESTEROS. REENCUENTROS DE ÉSTE.— DROUET ABANDONA LA EXTREMADURA.— SE DIRIGE POR CÓRDOBA Á GRANADA.— VA TRAS ÉL EN OBSERVACION EL CORONEL SCHEPELER.— ENTRA SCHEPELER EN CÓRDOBA.— DESMANES DE ECHAVARRI.— SIGUE DROUET RETIRÁNDOSE.— ENTRA EN GRANADA EL EJÉRCITO DE BALLESTEROS.— ADMINISTRACION FRANCESA EN LAS ANDALUCÍAS.— OBJETOS DE BELLAS ARTES LLEVADOS DE LAS MISMAS PROVINCIAS.— SIGUE SU RETIRADA SOULT.— ACONTECIMIENTOS EN VALENCIA.— ACCION DE CASTILLA.— DISCUSIONES SOBRE ESTO EN LAS CÓRTESES.— RESOLUCIONES DE LAS CÓRTESES.— RENÚNCIA QUE HACE DEL CARGO DE REGENTE EL CONDE DEL ABISBAL.— SE LA ADMITEN LAS CÓRTESES.— NÓMBRASE REGENTE Á D. JUAN PEREZ VILLAMIL.— JURA VILLAMIL.— EXPEDICION ANGLO-SICILIANA.— SE LE JUNTA LA DIVISION DE

WHITTINGHAM.— DESEMBARCA LA EXPEDICION EN ALICANTE.— ALGUNAS MANIOBRAS Y SUCESOS.— ENTRA JOSÉ EN VALENCIA.— LLEGA SOULT AL REINO DE VALENCIA.— ACOMETE DROUET EL CASTILLO DE CHINCHILLA.— LE TOMA.— ELÍO SUCEDE Á D. JOSÉ O'DONNELL EN EL MANDO DEL SEGUNDO Y TERCER EJÉRCITO.— EXCURSIONES SUYAS EN LA MANCHA.— MEDIDAS DE PREAUCION DE SUCHET.— SUCESOS EN ARAGON.— SUCESOS EN CATALUÑA.— SITUACION DE LORD WELLINGTON EN CASTILLA LA VIEJA.— AVANZA Á BURGOS.— SE LE REUNE EL SEXTO EJÉRCITO ESPAÑOL.— ENTRAN LOS ALIADOS EN BÚRGOS.— ATACAN EL CASTILLO.— NOMBRAN LAS CÓRTESES GENERAL EN JEFE Á LORD WELLINGTON.— INCIDENTES QUE OCURREN EN ESTE NEGOCIO.— DESOBEDIENCIA DE BALLESTEROS.— SE LE SEPARA DEL MANDO.— CONTINÚA EL SITIO DEL CASTILLO DE BÚRGOS.— DESCÉRCANLE LOS ALIADOS.— MOVIMIENTOS DE LOS FRANCESES.— DE JOSÉ SOBRE MADRID.— RETÍRANSE LOS ALIADOS DE MADRID.— ESTADO TRISTE DE LA CAPITAL, DON PEDRO SAINZ DE BARANDA.— ENTRA JOSÉ EN MADRID.— SALE OTRA VEZ.— VA JOSÉ Á CASTILLA LA VIEJA.— MOVIMIENTO DE WELLINGTON.— AVANZAN Á CASTILLA LA VIEJA LOS EJÉRCITOS FRANCESES DE PORTUGAL Y DEL NORTE.— EMPIEZA WELLINGTON Á RETIRARSE.— MANIOBRAS DE LOS EJÉRCITOS.— REPASA WELLINGTON EL DUERO.— ÚNESELE HILL.— WELLINGTON EN SALAMANCA.— JÚNTASE JOSÉ Á LOS EJÉRCITOS SUYOS DEL NORTE Y DE PORTUGAL.— PASAN LOS FRANCESES EL TÓRMES.— SE RETIRAN LOS INGLESES VIA DE PORTUGAL.— DESÓRDEN EN LA RETIRADA.— CAE PRISIONERO EL GENERAL PAGET.— ENTRA LORD WELLINGTON EN PORTUGAL.— PASAN Á GALICIA Y Á ASTÚRIAS EL SEXTO EJÉRCITO ESPAÑOL Y PORLIER.— DEFENSA HONOROSA DEL CASTILLO DE ALBA DE TÓRMES.— CUARTELES DE WELLINGTON EN PORTUGAL.— DIVÍDENSE LOS FRANCESES.— VUELVE JOSÉ Á MADRID.— CIRCULAR DE LORD WELLINGTON.— PASA Á CÁDIZ LORD WELLINGTON.— RECIBO LISONJERO QUE SE LE HACE.— SE LE DA ASIENTO EN LAS CÓRTESES.— VÁRIAS DISPOSICIONES DE LA REGENCIA.— NUEVA DISTRIBUCION DE LOS EJÉRCITOS ESPAÑOLES.— PASA WELLINGTON Á LISBOA.— SE PREPARA Á NUEVAS CAMPANAS.

Rumbo cierto, y que conducia á puerto más seguro y cercano, tomó ahora la guerra peninsular. Decidido lord Wellington á obrar activamente en lo interior de Castilla, constituyóse, por decirlo así, centro de todos los movimientos militares, que si bien eran ántes muchos y gloriosos, carecian de union, y no estribaban en una base sólida, cual se requiere en la milicia para alcanzar prontos é inmediatos resultados.

Empezó el general inglés su marcha, y levantó sus reales de Fuente-Guinaldo el 13 de Junio. Llevaba repartido su ejército en tres columnas; la de la derecha, mandada por el general Graham, tomó el camino de Tamámes; la del centro, á cuyo frente se divisaba lord Wellington, el

de San Muñoz, y se dirigió al de Sancti-Spíritus la de la izquierda, mandada por Picton. Agregábase á la última la fuerza de D. Carlos de España, que formaba como una cuarta columna. El 16 se pusieron los aliados sobre el Valmuza, riachuelo á dos leguas cortas de Salamanca, cuya ciudad evacuó aquella noche el ejército enemigo, yendo la vuelta de Toro, despues de dejar unos 800 hombres en las fortificaciones erigidas sobre las ruinas de conventos y colegios que los mismos franceses hablan demolido.

Tres eran los puntos fortalecidos que se contaban en Salamanca, defendiéndose uno á otro por su posicion y distancia: el principal el de San Vicente, trazado en el sitio del colegio de benedictinos del propio nombre, que se hallaba colocado en el vértice del ángulo anterior de la antigua muralla sobre un peñasco perpendicular al rio. Habían los franceses tapiado y aspillerado las ventanas del edificio, y unídole por cada lado con el antiguo recinto, tirando unas líneas que amparaban foso y camino cubierto, con escarpas y contraescarpas revestidas de mampostería. No resultaba encerrado dentro de aquéllas el ángulo entrante del convento, y por eso le cubrieron con una batería de faginas, protegida de una pared ó muro atronerado, que tenía, ademas, por delante una empalizada. A la distancia de 250 varas levantábase los otros dos fuertes ó reductos, el de San Cayetano y el de la Merced; el último cercano al rio. Llamábanse así por haberse formado con los escombros de dos conventos de la misma denominacion, dispuestos por los franceses de manera que se convirtieron en dos fuertes con escarpas verticales, fosos profundos y contraescarpas acasamatadas. Construyéronse várias obras á prueba de bomba, y otros reparos.

En el espacio intermedio de los puntos fortificados y en su derredor, como igualmente en otros parajes, habian derribado los franceses, para despejar el terreno ó con otros intentos, muchos de los famosos edificios que adornaban á Salamanca. De veinte y cinco colegios hubo veinte y dos más ó menos arruinados, señaladamente los de Cuenca y Oviedo, fundacion de los ilustres prelados Villaescusa y Muros; y el del Rey, magnífico monumento erigido en el reinado de Felipe II, segun el plan del muy entendido arquitecto Juan Gomez de Mora. ¡Suerte singular y adversa, que cuanto la piedad y la ciencia de los españoles habia levantado en aquella ciudad, morada célebre del saber, casi todo fuese destruido ó trastornado por la mano asoladora de soldados de Francia, nacion, por otra parte, tan humana y culta!

Servian las fortificaciones allí construidas, no precisamente para reprimir á los habitantes de Salamanca, sino más bien para vigilar el pa-

so del Tórmes y su puente, antigüedad romana de las más notables de España. Como le dominaban los fuegos del enemigo, tuvieron los ingleses que pasar el rio el dia 17 por los vados del Canto y San Martin, asediando despues é inmediatamente los fuertes; para cuyo objeto destinaron la sexta division del cargo del general Clinton. Al penetrar los aliados por la ciudad, prorumpieron los vecinos en increíbles demostraciones de júbilo y alegría, no pudiendo contener sus pechos, aliviados repentinamente de la opresion gravosa que los había molestado durante tres años Corrian todos á ofrecer comodidad y regalos á sus libertadores; y á la hora del pelear hasta las mujeres anduvieron solícitas, sin distincion de clase, en asistir á los heridos y enfermos. Superabundaron á los aliados en Salamanca víveres y todo lo necesario, especialmente buena y desinteresada voluntad, muestra del patriotismo de Castilla, que les causó profunda y apacibilisima sensacion.

Los 800 franceses que guarnecian los fuertes habian sido entresacados de lo más granado del ejército, y sus jefes eran mirados como seleccionados: al paso que los aliados, azarosos en esto del sitiar, se sorprendieron al ver obras más robustas de lo que se imaginaban, hallándose, por tanto, desprevenidos para atacarlas, sin municiones ni tren correspondiente. Conociendo la falta, dieron modo de abastecerse de Almeida, principiando, empero, los trabajos y el fuego, que continuaron hasta el 20, en cuyo dia tornó á aparecer el mariscal Marmont, apoyada su derecha en el camino real de Toro, su izquierda en Castellanos de los Moriscos, y colocado el centro en la llanura intermediata. Los aliados se situaron enfrente, teniendo la izquierda en un ribazo circuido por un barranco, el centro en San Cristóbal de la Cuesta, y la derecha en una eminencia que hacia cara al Castellanos nombrado. Permanecieron en mutua observacion ambos ejércitos el 20, 21 y 22, sin más novedad que una ligera escaramuza en este día.

Tomaron, por su parte, diversas precauciones los sitiadores de los fuertes, desarmaron las baterías, y pasaron los cañones al otro lado del rio. Sin embargo, el 22 levantaron una nueva, con intento de apertillar la gola del reducto de San Cayetano, y con la esperanza, de apoderarse de esta obra, cuya ocupacion facilitaria la toma de San Vicente, la primera y más importante de todas. Maltratado el parapeto y la empalizada de San Cayetano, resolvieron los sitiadores escalar el fuerte el 23, como asimismo el de la Merced, mas se les malogró la tentativa, pereciendo en ella 120 hombres y el mayor general Bowes.

En el propio dio Marmont, que ansiaba introducir socorro en los fuer-

tes varió deposicion, tomando otra oblicua, de que se siguió quedar alojada su izquierda en Huerta de Tórmes, su derecha en las alturas cerca de Cabezavellosa, y el centro en Aldearubia. Lord Wellington, para evitar que al favor de este movimiento se pusiesen los enemigos en comunicacion con los fuertes por la izquierda del Tórmes, mudó tambien el frente de su ejército, prolongando la línea, de forma que cubriese completamente á Salamanca, y pudiese ser acortada en breve, caso de una reconcentracion repentina: se extendian los puestos avanzados á Aldealengua. El 24, ántes de la aurora, 10.000 infantes franceses y 1.000 jinetes cruzaron el Tórmes por Huerta; contrapúsoles Wellington su primera y séptima division, que pasaron tambien el rio al mando de sir Thomas Graham, juntamente con una brigada de caballería: se apostó lo restante del ejército inglés entre Castellanos y Cabrerizos. Hora de mediodía sería cuando avanzó el enemigo hasta Calvarasa de Abajo; mas vislumbrando á sus contrarios apercebidos, y que éstos le seguian en sus movimientos, paróse, y tornó muy luégo á sus estancias del 23.

Entre tanto recibieron los ingleses el 26 las municiones y artillería que aguardaban de Almeida, y renovaron el fuego contra la gola del reducto de San Cayetano, en la que lograron romper brecha á las diez de la mañana del día siguiente: al propio tiempo consiguieron tambien incendiar, tirando con bala roja, el edificio de San Vicente.

En tal apuro, los comandantes de todos tres fuertes dieron muestra de querer capitular; pero sospechando Wellington que era ardid, á fin de ganar tiempo y apagar el incendio, sólo les concedió cortos minutos para rendirse, pasados los cuales ordenó que sin tardanza fuesen asaltados los reductos de San Cayetano y la Merced. Se apoderaron los aliados del primero por la brecha de la gola, del segundo por escalada. Entónces el comandante del fuerte de San Vicente pidió ya capitular, y Wellington accedió á ello, si bien enseñoreado de una de las obras exteriores. Quedó prisionera la guarnicion, y obtuvo los honores de la guerra. Cogieron los ingleses vestuarios y muchos pertrechos militares, pues los enemigos habian considerado por muy seguros aquellos depósitos, en cuyas obras habian trabajado cerca de tres años, y expendido sumas cuantiosas. Eran acomodados los fuertes para resistir á las guerrillas, comprimir cualquier alboroto popular y evitar una sorpresa, no para contrarestar el ímpetu de un ejército como el aliado. Despues de la toma se demolieron por inútiles, lo mismo que otras obras que habian levantado los franceses en Alba de Tórmes, de donde, escarmentados, sacaron á tiempo la guarnicion. El mariscal Marmont, que no parecia sino que había acudi-

do á Salamanca para presenciar la entrega de los fuertes, se alejó la noche del 27, llevando distribuida su gente en tres columnas, una la vuelta de Toro, las otras dos hácia Tordesillas. Al retirarse, pusieron fuego los franceses á los pueblos de Huerta, Bavila-Fuente, Villoria y Villoruela: causaron estrago en los demos, y talaron y quemaron la cosecha, que ofrecia rico y precioso esquilmo. Prosiguieron los ingleses en su marcha el 28 tras sus contrarios, y poniéndose sobre el Trabancos, se alojó su vanguardia en la Nava del Rey.

Tampoco se pararon aquí los franceses, juzgando prudente, ántes de emprender cosa alguna, aguardar refuerzos de su ejército del Norte, por lo cual, hostigados de los ingleses, atravesaron el Duero en Tordesillas el día 2 de Julio por su hermoso puente, de estructura, segun se cree, del tiempo de los Reyes Católicos. Situáronse en esta nueva estancia, apoyando su derecha enfrente de Pollos, el centro en el mismo Tordesillas, y la izquierda en Simáncas sobre Pisuerga. No desaprovechó Marmont aquí su tiempo, y tardando en llegar los refuerzos del ejército del Norte, viendo tambien que la superioridad inglesa consistia principalmente en su caballería, trató de aumentar la suya propia, despojando de sus caballos á los que no correspondia tenerlos por ordenanza, y lo mismo á los que gozando de este derecho se hallaban con un número excedente de ellos, por cuyo medio aumentó su fuerza con más de 1.000 jinetes. Tambien se aumentó ésta con la division de Bonnet, que se juntó al ejército frances el 7 de Julio, viniendo de Astúrias por Reinosa.

Animado con esto Marmont, y sabedor ademas de que el sexto ejército español, saliendo de Galicia, daba muestra de venir sobre Castilla, decidió repasar el Duero, y acercarse al inglés para empeñar batalla. Pero receloso de cruzar aquel rio en presencia de ejército tan respetable, efectuó ántes marchas y contramarchas desde el 13 al 16 de Julio, encaminándose orilla abajo hácia Toro, en donde empezó á ocuparse en reparar el puente que habia destruido.

Durante este tiempo, lord Wellington habia colocado en un principio su derecha en La Seca, y su izquierda en Pollos. Aquí existe un vado, no muy practicable entónces para la infantería, así por su naturaleza, como por el lugar en que se alojaba el enemigo. No ofrece el Duero en su curso desde la union del Pisuerga, y quizá desde más arriba hasta la del Esla, muchos parajes cómodos y apropiados para cruzarle delante de un enemigo que ocupe la derecha. Corre en gran parte por llanuras bastante anchas, sólo ceñidas por ribazos y alturas más ó ménos lejanas del rio, resultando de aquí que el sitio más acomodado para pasarle en

todo aquel terreno, teatro á la sazón de los ejércitos beligerantes, era el de Castro-Nuño, dos leguas corriente arriba de Toro, en donde se divisa un buen vado y una curva que forma el terreno, propicia á las operaciones de tropas que enseñoreen la márgen izquierda.

Pensaba lord Wellington en verificar el paso, cuando advirtiendo el movimiento de Marmont hácia Toro, y áun noticioso de que algunas fuerzas francesas atravesaban el Duero el día 16 por el puente de aquella ciudad, se corrió sobre su izquierda, y trató de reconcentrarse á las márgenes del Guareña. Con efecto, hizo maniobrar en este sentido á todo su ejército, excepto á las divisiones primera y ligera, con una brigada de caballería á las órdenes de sir Stapleton Cotton, fuerza apostada en Castrejon. Pero el mariscal francés, contramarchando entónces rápidamente, se dirigió en la noche del 16 al 17 sobre Tordesillas, cruzó el rio, y juntó todo su ejército en la mañana del mismo día en la Nava del Rey, habiendo andado sin parar no ménos de diez leguas. Con tan inesperado movimiento, no sólo consiguió repasar el Duero y burlar la vigilancia de los ingleses, sino que puso casi á merced suya á Cotton, muy separado del cuerpo principal del ejército británico. Así fué que al amanecer del 18 le atacaron los franceses, y áun rodearon la izquierda de su posición por Alaejos. Dichosamente pudo Cotton, á pesar de fuerzas tan superiores, mantenerse firme, y dar tiempo á que acudiesen refuerzos de Wellington, que le ayudaron á replegarse ordenadamente, si bien hostigado por retaguardia y flanco, á Torrecilla de la Orden, y de allí á incorporarlas al grueso del ejército aliado.

Colocáronse en seguida los franceses en unas lomas á la derecha del Guareña, y Wellington, despues de situar en otras opuestas tres de sus divisiones, decidió que lo restante de su ejército atravesase aquel rio por Vallesa, para impedir que el enemigo envolvese su derecha, como intentaba.

Atravesó éste tambien dicho rio Guareña por Castrillo, tratando el general Clausel, que mandaba una de las columnas principales, de apoderarse de cierta situacion ventajosa, y caer sobre la izquierda inglesa; operacion que se le frustró con pérdida de bastantes prisioneros, entre ellos el general Carrier.

El 19, ya en la tarde, sacó el enemigo muchos cuerpos de su derecha y los trasladó á la izquierda, lo que obligó á Wellington á ejecutar maniobras análogas con el objeto de inutilizar cualquiera tentativa de sus contrarios. Se preparó tambien el general inglés á admitir batalla, si se le presentaban los franceses en las llanuras de Vallesa.

No era todavía tal la intencion del mariscal enemigo, quien más bien quería maniobras que aventurar accion alguna. Así fué que en el dia 20 se puso todo el ejército frances en plena marcha sobre su izquierda, y obligó á Wellington á emprender otra igual por su propia derecha, de que resultó el singular caso de que dos ejércitos enemigos, no detenidos por ningun obstáculo, y moviéndose por líneas paralelas á distancia cada uno de medio tiro de cañon, no empeñasen entre sí batalla ni reencontro notable. Marchaban ambos aceleradamente y en masas unidas. Uno y otro se observaban, aguardando el momento de que su adversario cayese en falta.

Amaneció el 21, y reconcentrando lord Wellington su ejército hácia el Tórnes, se situó de nuevo en San Cristóbal, á una legua de Salamanca, posicion que ocupó durante el asedio de los fuertes. Los franceses pasaron aquel rio por Alba, en donde dejaron una guarnicion, alojándose entre esta villa y Salamanca. Atravesaron los aliados en seguida el Tórnes por el puente de la misma ciudad y por los vados inmediatos, y sólo apostaron á la márgen derecha la tercera division con alguna caballería.

Entónces se afianzó Wellington en otra posicion nueva: apoyó su derecha en un cerro de dos que hay cerca del pueblo, llamado de los Arapiles, y la izquierda en el Tórnes, más abajo de los vados de Santa Marta. Los franceses, situados al frente, estaban cubiertos por un espeso bosque, dueños desde la víspera de Calvarasa de Arriba, y de la altura contigua apellidada de Nuestra Señora de la Peña. A las ocho de la mañana desembocó rápidamente del mencionado bosque el general Bonnet, y se apoderó del otro Arapil, apartado más que el primero de la posicion inglesa, pero muy importante por su mayor elevacion y anchura. Descuido imperdonable en los aliados no haberle ocupado ántes; y adquisicion ventajosísima para los franceses como excelente punto de apoyo caso que se trabase batalla. Conoció su yerro lord Wellington, y por lo mismo trató de enmendarle retirándose, no siéndole fácil desalojar de allí el enemigo, y temiendo tambien que le llegasen pronto á Marmont refuerzos del ejército frances del Norte, y otros del llamado del centro, con el rey José en persona. Pero presuntuoso el mariscal frances, probó en breve estar léjos de querer aguardar aquellos socorros.

En efecto, empezó á maniobrar y girar en torno del Arapil grande en la mañana del 22, ocupando ambos ejércitos estancias paralelas. Constató el de los franceses, despues que se le habia unido Bonnet, de unos 47.000 hombres; lo mismo, poco más ó ménos, el de los anglo-portugues-

ses. Apoyaba éste su derecha en el pueblo de los Arapiles, delante del cual se levantan los dos cerros del propio nombre, ya indicados; y su izquierda en Santa Marta. Afianzaba aquél sus mismos y respectivos costados sobre el Tórmes y Santa María de la Peña; Wellington trajo cerca de sí las fuerzas que habia dejado al otro lado del rio, y las colocó detras de Aldea Tejada, al paso que los franceses, favorecidos con la posesion del Arapil grande, iban tomando una posicion oblicua, que á asegurarla, fuera muy molesta para los aliados en su retirada.

Dióse prisa por tanto Wellington á emprender ésta, y la comenzó á las diez de la mañana, ántes de que los contrarios pudiesen estorbar semejante intento. En él andaba, cuando observando las maniobras del enemigo, advirtió que queriendo Marmont incomodarle y estrecharle más y más, prolongaba su izquierda demasadamente. Entónces, con aquel ojo admirable de la campaña, tan sólo dado á los grandes capitanes, ni un minuto transcurrió entre moverse el enemigo, notar la falta el inglés, y ordenar éste su ataque para no desaprovechar la ocasion que se le presentaba.

Fué la embestida en la forma siguiente: reforzó Wellington su derecha, y dispuso que la tercera division bajo del general Packenham, y la caballería del general d'Urhan con dos escuadrones más, se adelantasen en cuatro columnas, y procurasen envolver en las alturas la izquierda del enemigo, miéntras que la brigada de Bradford, las divisiones quinta y cuarta del cargo de los generales Leith y Cole, y la caballería de Cotton le acometian por el frente, sostenidas en reserva por la sexta division del mando de Clinton, la séptima de Hope, y la española regida por D. Carlos de España. Las divisiones primera y ligera se alojaban en el ala izquierda, y sonaban como de respeto. Además debia apoyar el general Pack la izquierda de la cuarta division, y arremeter contra el cerro del Arapil, que enseñeaba el enemigo.

Correspondió el éxito á las buenas disposiciones del general aliado. Flanqueó Packenham al frances, y arrolló cuanto se le puso por delante. Las divisiones inglesas que atacaron al centro enemigo desalojaron las tropas de éste de una en otra altura avanzando á punto de amenazar sus costados. No fué permitido, con todo, al general Pack apoderarse del Arapil grande, aunque le asaltó con el mayor denuedo: sólo distrajo la atencion de los que lo ocupaban.

En aquella hora, que era la de las cuatro y media de la tarde, al ver el mariscal Marmont arrollada una de sus alas y mal parado el centro; se dirigió en persona á restablecer la batalla; mas su mala estrella se lo im-

pidió, sintiéndose en el mismo instante herido gravemente en el brazo y costado derecho: la misma suerte cupo á su segundo el general Bonnet, teniendo al cabo que recaer el mando en el general Clausel. Contratiempos tales influyeron siniestramente en el ánimo de las tropas francesas; sin embargo, reforzada su izquierda, y señoras todavía los mismas del Arapil grande, hicieron cejar, muy maltratada, á la cuarta division inglesa. Relevóla inmediatamente Wellington con la sexta, é introdujo de nuevo allí buena ordenanza, á punto que ahuyentó á los franceses de la izquierda, obligándolos á abandonar el cerro del Arapil. Manteníase, no obstante, firme la derecha enemiga, y no abandonó su puesto sino á eso del anochecer. Entónces comenzó á retirarse ordenadamente todo el ejército frances por los encinares del Tórmes. Persiguióle Wellington algun tanto, si bien no como quisiera, abrigado aquél de la oscuridad de la noche. Repasaron los enemigos el rio sin tropiezo, y continuaron los aliados el alcance. Cargaron éstos á la retaguardia francesa el 23, la cual, abandonada de su caballería, perdió tres batallones. Los ingleses se pararon despues en Peñaranda, reforzado el enemigo con 1.200 caballos procedentes de su ejército del Norte.

Apellidaron los aliados esta batalla la de Salamanca por haberse dado en las cercanías de aquella ciudad; los franceses, de los Arapiles por los dos cerros que ántes hemos mencionado; cerros famosos en las canciones populares de aquel país, que recuerdan las glorias de Bernardo del Carpio (1).

Sangrienta batalla por ambas partes; pues en ella y en sus inmediatas consecuencias contaron los franceses entre los heridos á los arriba indicados Marmont y Bonnet, y entre los muertos á los de la misma clase Ferey, Thomieres y Désgraviers. Ascendió á mucho su pérdida de oficiales y soldados, con dos águilas, seis banderas y unos once cañones: cerca de 7.000 fueron los prisioneros. Costó tambien no poco á los aliados la victoria, y no ménos que á 5.520 subieron los muertos y heridos: hubo de éstos muchos jefes, y entre los primeros se contó el general La Marchant. Don Cárlos de España y D. Julian Sanchez tuvieron algunos hombres fuera de combate; y aunque no tomaron parte activa en la ba-

---

(1) Harto conocida es la cancion popular que empieza por estos versos:

En el Carpio está Bernardo,  
Y el moro en el Arapil;  
Como el Tórmes va por medio,  
Non se pueden combatir, etc.

talla, por mantenerse de reserva con otras divisiones del ejército aliado, no por eso dejaron de ejecutar con serenidad y acierto las maniobras que les prescribió el General en jefe.

En recompensa de jornada tan importante, y á propuesta de la Regencia del reino, concedieron las Córtes á lord Wellington la Orden del Toison de Oro; regalándole el collar doña María Teresa de Borbon, princesa de la Paz, conocida en este tiempo bajo el título de condesa de Chinchon; collar que habia pertenecido á su padre el infante D. Luis, y de que hacia dón aquella señora á tan ilustre capitán en prueba del aprecio y admiracion que le merecian sus altos hechos. Tambien recibió lord Wellington del Parlamento británico gracias, mercedes y nuevos honores.

Prosiguieron los franceses su retirada, y se reconcentraron en Tudela y puente de Duero, á la derecha de este rio. Fueron tras ellos los ingleses, si bien tenian que parar su consideracion en el rey José, que con la mayor parte de su ejército del centro, y otras fuerzas, se adelantaba por Castilla la Vieja.

Habia salido de Madrid el 21 de Julio, trayendo consigo más de 10.000 infantes y 2.000 caballos. En su número se contaba la division italiana de Palombini, procedente de Aragon. Habíala llamado José para engrosar sus fuerzas, y en el mismo dia 21 habia entrado en Madrid. Estaban ya el 25 los puestos avanzados de este ejército en Blasco-Nuño, y allí les cogieron los aliados unos cuantos de sus jinetes con dos oficiales. Supo José á poco la derrota de Salamanca, y desde la Fonda de San Rafael, en donde se albergaba, tomó el 27 la ruta de Segovia, en cuyo punto, adoptando una estancia oblicua sobre el Eresma, sin abandonar las faldas de las sierras de Guadarrama ni alejarse mucho de Madrid, conseguia proteger la marcha retrógada de Clausel, amagando el flanco de los ingleses.

No por eso dejó lord Wellington de acosar á sus contrarios, obligándolos á continuar su retirada via de Búrgos, y abandonar á Valladolid. Entró en esta ciudad el general en jefe inglés el 30 de Julio, y acogieron los moradores con júbilo extremado.

Derramados los guerrilleros de Castilla la Vieja en torno del ejército británico, ayudaban á molestar al frances en su retirada, y el llamado Marquinez cogió el mismo dia 30, en las cercanías de Valladolid, unos 300 prisioneros.

Igualmente favoreció los movimientos de lord Wellington el sexto ejército español, compuesto en su totalidad de 15.300 hombres, en-

tre ellos unos 600 de caballería. Se adelantó en parte, desde el Vierzo aqueude los montes, y bloqueó los puntos de Astorga, Toro y Tordesillas. En este pueblo abrigábanse fortificados en la iglesia 250 hombres, que se entregaron el 5 de Agosto al brigadier D. Federico Castañón. Se metió al propio tiempo en España, con la milicia portuguesa de Tras-los-Montes, el Conde de Amarante, y coadyuvó al plan general de los aliados, cercando á Zamora.

No hizo en Valladolid larga parada lord Wellington, queriendo impedir la union que se anunciaba del ejército enemigo de Portugal, hácia la parte superior del Duero, con el otro que mandaba José. Por eso, dejando al cuidado de su centro é izquierda el perseguimiento de Clausel, movió el general inglés su derecha á lo largo del Cega, y sentó sus reales en Cuéllar el 1.º de Agosto; dia en que el rey intruso, desistiendo de todo otro intento, abandonó á Segovia, pensando sólo en recogerse á Madrid. No dudó, sin embargo, Wellington en proseguir inquietándole, porque, persuadido de que el ejército frances de Portugal, maltratado ahora, no podria en algun tiempo empeñarse en nuevas empresas, resolvió estrechar á José y forzarle á evacuar la capital del reino, cuya ocupacion por las armas aliadas resonaria en Europa y tendria venturosas resultas.

Con este propósito levantó lord Wellington sus cuarteles de Cuéllar el 6 de Agosto; y atravesando por Segovia, llegó á San Ildefonso el 8, en donde hizo alto un dia, para aguardar á que cruzase su ejército las sierras de Guadarrama. Habia dejado en el Duero, al salir de Cuéllar, la division del general Clinton y la brigada de caballería del general Anson, á fin de observar aquella línea. El grueso de su ejército, viniendo la vuelta de Castilla la Nueva, pasó sin tropiezo alguno en los dias 9, 10 y 11, los puertos de Guadarrama y Navacerrada. El general d'Urban, que precedia á todos con un cuerpo de caballería portuguesa y alemana y tropas ligeras, tropezó con 2.000 jinetes enemigos, que si bien al principio hicieron ademan de retirarse, tornaron en busca de los aliados, á quienes hallaron enfrente de Majadahonda. Ordenó d'Urban el ataque, mas los portugueses aflojaron, dejando en poder del enemigo tres cañones y al Vizconde de Barbacena, que se portó briosamente. Los alemanes que estaban formados detras del mismo pueblo de Majadahonda, sirvieron de amparo á los fugitivos y contuvieron á los franceses. Perdieron los aliados 200 infantes y 120 caballos en este reencuentro.

Antes, y desde que se susurró entro los parciales del gobierno intruso el progreso de los ingleses y su descenso por las sierras de Guadarrama, trataron todos de poner en salvo sus personas y sus intereses. Cua-

lesquiera precauciones no eran sobradas; los partidarios, que en todos tiempos batian sin cesar los caminos y sitios cercanos á la capital, habian acrecido ahora su audacia, y apénas consentian que impunemente ningun frances suelto ni aficionado suyo asomase por fuera de sus cercas.

En momento tan crítico renovóse, hasta cierto punto, el caso del dia de Santa Ana en el año de 1809. Azorados los comprometidos con el gobierno intruso, acongojábanse, y previendo un porvenir desventurado, enfardelaban y se disponian á ausentarse. Los que les eran opuestos corrian alborozados las calles, y se agolpaban á las puertas por donde presumian entrasen los que miraban como libertadores. Llegó el 11 de Agosto, y José salió de Madrid con parte de su ejército, encaminándose al Tajo; hicieron lo mismo en la mañana del dia siguiente, áun temprano, las fuerzas que quedaban dentro y demas allegados, dejando tan sólo en el Retiro una guarnicion de 2.000 hombres con el especial objeto de custodiar á los enfermos y heridos.

Dadas las diez, y echadas las campanas á vuelo, empezaron poco despues á pisar el suelo de la capital los aliados y varios jefes de guerrilla, señaladamente entre ellos D. Juan Martin el Empecinado y D. Juan Palarea. No tardó en presentarse por la puerta de San Vicente lord Wellington, á quien salió á recibir el Ayuntamiento formado de nuevo, y le llevó á la casa de la Villa, en donde, asomándose al balcon acompañado del Empecinado, fué saludado por la muchedumbre con grandes aclamaciones. Se le hospedó en Palacio, en alojamiento correspondiente y suntuoso. Las tropas todas entraron en la capital en medio de muchos vivas, habiéndose colgado y adornado las casas como por encanto. Obsequiaron los moradores á los nuestros y á los aliados con esmero, y hasta el punto que lo consentian las estrecheces y la miseria á que se veian reducidos. Las aclamaciones no cesaron en muchos dias, y abrazábanse los vecinos unos á otros, gozándose casi todos no ménos en el contentamiento ajeno que en el propio.

Recayó el nombramiento de gobernador de Madrid en D. Cárlos de España; y el 13, por orden de lord Wellington, conforme á lo dispuesto por la Regencia del reino, se proclamó la Constitucion formada por las Córtes generales y extraordinarias. Presidieron el acto D. Cárlos de España y D. Miguel de Álava. El concurso numerosísimo, los aplausos universales. Se prestó el juramento el 14, por parroquias, segun lo prevenido en decreto de 18 de Marzo del año en que vamos. Los vecinos acudieron con celo vivísimo á cumplir con este deber, pronunciando dicho juramento en voz alta, y apresurándose espontáneamente muchos á

responder aún ántes que les llegase su turno; considerando en este acto, no sólo la Constitucion en sí misma, sino tambien y más particularmente creyendo dar en él una prueba de adhesion á la causa de la patria y de su independenciam. Don Cárlos de España y D. Miguel de Álava prestaron el juramento en la parroquia de Santa Maria de la Almudena. Llamó el primero la atencion de los asistentes por los extremos que hizo, y palabras que pronunció en apoyo de la nueva ley fundamental, que segun manifestó, queria defender aún á costa de la última gota de su sangre.

Á pesar de tales muestras de confianza y júbilo no se aquietaba Wellington hasta posesionarse del Retiro, y por tanto le cercó y le empezó á embestir á las seis de la tarde del 13. Habian establecido allí los franceses tres recintos. El primero, ó exterior, le componian el Palacio, el Museo y las tapias del mismo jardin, con algunas flechas avanzadas para flanquear los aproches. Formaba el segundo una línea de nueve frentes, contruidos á manera de obras de campaña, con un rebellin ademas, y una media luna. Reducíase el tercero á una estrella de ocho puntas ó ángulos, que ceñia la casa llamada de la China, por ser ántes fábrica de este artefacto.

El Retiro, morada ántes de placer de algunos reyes austriacos, especialmente de Felipe IV, que se solazaba allí componiendo obras dramáticas con Calderon y algunos ingenios de su tiempo, y tambien de Fernando VI y de su esposa doña Bárbara, muy dada á oír en su espléndido y ostentoso teatro los dulces acentos de cantores italianos; este sitio, recuerdo de tan amenas y pacíficas ocupaciones, habiendo cambiado ahora de semblante, y llenándose de aparato bélico, no experimentó semejante transformacion sin gran detrimento y menoscabo de las reliquias de bellas artes, que aún sobrevivian, y la experimentó bien inútilmente, si hubo el propósito de que allí se hiciese defensa algo duradera.

Porque en la misma tarde del 13, que fué acometida la fortaleza, arrojó el general Packenham los puestos enemigos del Prado y de todo el recinto exterior, penetrando en el Retiro por las tapias que caen al jardin Botánico, y por las que dan enfrente de la Plaza de Toros, junto á la Puerta de Alcalá. Y en la mañana del 14, al ir á atacar el mismo general el segundo recinto, se rindió á partido el gobernador, que lo era el coronel Lefond. Tan corta fué la resistencia, bien que no permitia otra cosa la naturaleza de las obras, suficientes para libertar aquel paraje de un rebate de guerrillas, pero no para sostenér un asedio formal. Concediéronse á los prisioneros los honores de la guerra, y quedaron en poder de los aliados contando tambien empleados y enfermos, 2.506 hombres. Ade-

mas 189 piezas de artillería, 2.000 fusiles, y almacenes considerables de municiones de boca y guerra.

Para calmar los ánimos de los comprometidos con José residentes todavía en Madrid, y atraer á nuestras banderas á los alistados en su servicio, ó sean jurados, como los apellidaban, dió el general Álava, una proclama concebida en términos conciliadores. Su publicacion produjo buen efecto, y tal, que en pocas horas se presentaron á las autoridades legítimas más de 800 soldados y oficiales. Sin embargo, las pasiones que reinaban, y sobre todo, la enemistad y el encono contra la parcialidad de José de los que ántes se consideraban oprimidos bajo su yugo, fueron causa de que se motejase de lene y áun de impolítica la conducta del general Álava. Achaque comun en semejantes crisis, y en donde tienen poca cabida las decisiones de la fria razon, y sí mucho séquito las que sugieren propias ofensas ó irritantes y recientes memorias. Subieron las quejas hasta las Córtes mismas, y costó bastante á los que sólo apetecian indulgencia y concordia evitar que se desaprobase el acertado y tolerante proceder de aquel general.

Otro rumbo siguió D. Carlos de España. Inclinado á escudriñar vidas pasadas y á molestar al caido, de condicion en todos tiempos perseguidora, tomó determinaciones inadecuadas y áun violentas, publicando un edicto en el que, teniéndose poca cuenta con la desgracia, se ordenaban malos tratamientos con palabras irónicas, y se trasladaban venganzas.

Desacuerdo muy vituperable en una autoridad suprema, la cual, sobreponiéndose al furor ciego y momentáneo de los partidos, conviene que sólo escuche al interes bien entendido y permanente del Estado, y que exprese sus pensamientos en lenguaje desapasionado y digno. En D. Carlos de España graduóse tal porte hasta de culpable, por notarse en sus actos propension codiciosa, de que dió en breve pruebas palpables, apropiándose haberes ajenos atropellada y descaradamente.

Ahogaron, pues, en gran manera el gozo de los madrileños semejantes procedimientos. Tambien el no sentir inmediato alivio en la miseria y males que los abrumaban, habiendo confiado sucederia así luégo que se alejase el enemigo y se restableciese la autoridad legítima. Esperanzas que, consolando en la desdicha, casi nunca se realizan; porque en los tránsitos y cambios de las naciones, ni es dable tornar á lo pasado, ni subsanar cumplidamente los daños padecidos, como tampoco premiar los servicios que cada cual alega, á veces ciertos, á veces fingidos ó exagerados.

Destemplaron asimismo la alegría várias medidas de la Regencia y de las Córtes. Tales fueron las decretadas sobre empleados y sus purifi-

caciones, de que hablarémos en otro lugar. Tales igualmente las que se publicaron acerca de las monedas de Francia, introducidas en el reino, y de las acuñadas dentro de él con el busto del intruso. Tuvieron origen las resoluciones sobre, esta materia en el año de 1808 á la propia sazón que invadieron nuestro territorio las tropas francesas; pues sus jefes, solicitando entónces que sus monedas circulasen con igual ventaja que las españolas, consiguieron se nombrase una comision mixta de ensayadores naturales y extranjeros, cuyos individuos, parciales ó temerosos, formaron una tarifa en gran menoscabo de nuestros intereses (2), la cual mereció la aprobacion del Consejo de Castilla, amedrentado ó con poco conocimiento de la materia.

No es dado afirmar si esta comision verificó los debidos ensayos de las monedas respectivas, ni tampoco si se vió asistida de los conocimientos necesarios acerca de la ley metálica ó grado de fino y del peso legal, con otras circunstancias que es menester concurren para determinar el *verdadero valor intrínseco* de las monedas. Pero parece fuera de duda que tomó por base general de la reduccion el valor que correspondia entónces *legalmente* al peso fuerte de plata reducido á francos, sin tener cuenta con el *remedio ó tolerancia* que se concedía en su ley y peso, ni con el *desgaste* que resulta del uso. Así evaluábase la pieza de cinco francos en 18 reales 25 maravedises, 479/533, y el escudo de seis libras tornesas en 22 reales y ocho maravedises.

En el oro la diferencia fué más leve, habiéndosele dado al napoleon de 20 francos el valor de 75 reales, y al luis de oro de 24 libras tornesas el de 88 reales y 32 maravedises: consistió esto en no haber tenido presente la comision de ensayadores, entre otras cosas, la razon diversa que guardan ambos metales en las dos naciones; pues en España se estima ser diez y seis veces mayor el valor nominal del oro, cuando en Francia no llega ni á quince y medio.

Siguióse de esta tarifa en adelante para los españoles, en las monedas de plata, un quebranto de 9 y 11 por 100, y en las de oro de 1 y 2 por 100; de manera que en las provincias ocupadas apénas circulaba más cuño que el extranjero.

Los daños que de ello se originaron, junto con la aversion que habia á todo lo que emanaba del invasor, motivaron dos órdenes, fechas una

---

(2) Los males que en España se han seguido de las mudanzas interesadas ó poco meditadas en el valor de la moneda, pueden verse enumeradas con científica puntualidad en el tratado de Mariana intitulado *De monetae mutatione*.

en 4 de Abril de 1811, y otra en 16 de Julio de 1812. Dirigíase la primera á prohibir el curso de las piezas acuñadas en España con busto de José, previniéndose á los tenedores las llevasen á la casa de la moneda, en donde recibirian su justo valor en otras legales y permitidas. Encaminábase la segunda, ó sea la circular de 1812, á igual prohibicion respecto de la moneda francesa, especificándose lo que en las tesorerías se habia de dar en cambio; á cuyo fin se acompañaba una tarifa apreciativa del valor intrínseco de dicha moneda, y por tanto bastante diverso del que calcularon en 1808 los ensayadores nombrados al intento. Este trabajo, aunque imperfecto, se aproximaba á la verdad, en especial respecto de las piezas de cinco francos, si bien no tanto en los escudos de seis libras, y ménos todavía en las monedas de oro.

La prohibicion de las fabricadas con busto del rey intruso no tuvo otro fundamento sino odios políticos ó precipitada irreflexion, pues sabido es que se acuñaban los pesos fuertes de José con el mismo peso y ley que los procedentes de América: debiendo tambien notarse que en Francia se estiman los primeros aún más desde que el arte perfeccionado de la afinacion ha descubierto en ellos mayor porcion de oro que en los antiguos, habiendo sido comunmente fabricados los modernos del tiempo de la invasion con vajillas y alhajas de iglesia, en que entraba casi siempre plata sobredorada.

Estas dos providencias, tan poco meditadas como lo habia sido la tarifa de 1808, excitaron clamor general, lo mismo en Madrid que en los demas puntos á medida que se evacuaban, por el quebranto insinuado arriba que de súbito resultó, mayormente pesando las pérdidas sobre los particulares, y no sobre el erario, y alterándose (3) repentinamente por sus disposiciones el valor de las cosas. En muchos parajes suspendieron sus efectos las autoridades locales, y representaron al gobierno legítimo, el cual á lo último, aunque lentamente, pues no lo verificó (4) hasta

---

(3) En diversas ocasiones en lo antiguo sucedió lo mismo entre nosotros, señaladamente en los reinados de San Fernando, de Alfonso el Sabio, de Enrique II, Juan el II, y sobre todo en el de Enrique IV, sin venir á épocas posteriores. En el último reinado, dice el P. Saez, con referencia á un anónimo, que fué tal el trastorno y la confusion que resultaron de las alteraciones hechas en el valor de la moneda, «que la vara de paño, que solía valer 200 maravedis, llegó á valer 600, y el marco de plata, que valia 1.500, llegó á valer 6.000.....» (*Demostracion histórica del verdadero valor de las monedas*, por el P. Fr. Licitiano Saez.)

(4) Hé aquí esta tarifa, casi igual á la de 1808, sin más diferencia que la de reducir á ochavos enteros los maravedises y sus quebrados, que expresaba la última. «Las Cór-

el Setiembre de 1813, mandó que por entónces se permitiese la circulacion de la moneda del rey intruso acuñada en España, y tambien la del imperio frances, arreglándose casi en un todo á la tarifa de 1808, perjudicialisima ésta en sí misma, mas de diffeil derogacion en tanto que no fuese el erario, y no los particulares, el que soportase la pérdida ó diferencia que existia entre el valor real ó intrínseco de la circular de 1812, y el supuesto de la tarifa de 1808.

Habiendo tardado algun tiempo en efectuarse la suspension, áun por las autoridades locales, de las órdenes de 1811 y 1812, el trastorno que ellas causaron fué notable, y mucha la desazon, encareciéndose los ví-

---

tes generales y extraordinarias, en vista de várias representaciones sobre la urgente é indispensable necesidad de que por las actuales circunstancias las monedas del intruso rey y las del imperio frances se admitan, así en los pagamentos públicos, como en los tratos particulares de todos géneros, decretan:

»1.º Se suspenden los efectos de la Orden de 4 de Abril de 1811, y circular de 10 de Julio de 1812, y en consecuencia autorizan por ahora, y entre tanto que sin ningun perjuicio otra cosa se provea, la circulacion de la moneda del rey intruso por el valor corriente que á cada pieza se le da, sean corresponde con la española.

» 2.º La de la moneda del imperio frances, conforme al valor con que ha corrido, y expresa el siguiente

*Arancel expresivo del valor de la moneda del imperio frances,  
cuya circulacion se autoriza por ahora en España.*

MONEDAS DE ORO. ....	RS. DE V.N. ....	OCHAVOS
1 Napoleon de 20 francos. ....	75	
1 Idem de 40 francos. ....	150	
1 Luis de 24 libras tornesas. ....	88	15
1 Idem de 48 libras tornesas. ....	177	14

MONEDAS DE PLATA.

1/4 de franco. ....	15
1/2 de franco. ....	14
1 franco. ....	12
2 francos. ....	8
5 francos. ....	12
Pieza de una libra y 10 sueldos torneses. ....	9
De 3 libras tornesas. ....	1
Escudo de 6 libras tornesas. ....	3

» Lo tendrá entendido la Regencia del reino para su cumplimiento, haciéndolo imprimir, publicar y circular.— Dado en Cádiz, á 3 de Setiembre de 1813.— JOSE MIGUEL GORDOA Y BARRIOS, presidente.— JUAN MANUEL SUBRIE, diputado secretario.— MIGUEL RIESCO Y PUENTE, diputado secretario.— Á la Regencia del reino.» (*Coleccion de los decretos y órdenes de las Córtes extraordinarias de Cádiz*, tomo IV, pág. 179.)

veres en lugar de abaratare, y acreciéndose por de pronto el daño con las especulaciones lucrosas é inevitables de algunos trajineros y comerciantes. Así que necesidad hubo del ódio profundo que se abrigaba en casi todos los corazones contra el extranjero, y tambien de que prosiguiesen cogiendo laureles las armas aliadas, para que no se entibiasen los moradores de los pueblos, ahora libres, en favor de la buena causa.

A dicha continuaron sucediéndose faustos acontecimientos al rededor, y áun léjos de la capital. En Guadalajara, 700 á 800 hombres que guarnecían la ciudad á las órdenes del general Preux, antiguo oficial suizo al servicio de España, se rindieron el 16 de este Agosto á D. Juan Martin el Empecinado. Desconfiado Preux á causa de su anterior conducta, queria capitular sólo con lord Wellington; mas éste le advirtió que si no se entregaba á las tropas españolas que le cercaban, le haria pasar á cuchillo con toda la guarnicion.

Fueron evacuando los franceses la orilla derecha del Tajo, y uniéndose sus destacamentos al cuerpo principal de su ejército del centro, que proseguia retirándose vía de Valencia. Salieron de Toledo el día 14, en donde entró muy luégo la partida del Abuelo, recibida con repique general de campanas, iluminaciones y otros regocijos. Por todas partes destruía el enemigo la artillería y las municiones que no podla llevar consigo, y daba indicio de abandonar para siempre, ó á lo menos por largo tiempo, las provincias de Castilla la Nueva. En su tránsito á Valencia encontraron José y los suyos tropiezos y muchas incomodidades, escaseándose los víveres, y sobre todo el agua, por haber los naturales cegado los pozos y destruido las fuentes en casi todos los pueblos, que tal era su enemistad y encono contra la dominacion extraña. Padecieron más que todos los comprometidos con el intruso y sus desgracias familias, pues hubo ocasion en que no tuvieron ni siquiera una sed de agua que llevar á la boca, segun aconteció al terrible ministro de policía D. Pablo Arribas.

En Castilla la Vieja, viendo los enemigos la suerte que habia cabido á su guarnicion de Tordesillas, y temerosos de que acaeciera otro tanto á las ya bloqueadas de Zamora, Toro y Astorga, destacaron del ejército suyo, llamado de Portugal, 6.000 infantes y 1.200 caballos á las órdenes del general Foy, para que, aprovechándose del respiro que les daba el ejército aliado en su excursion sobre Madrid, libertasen las tropas encerradas en aquellos puntos. Consiguieronlo con las de Toro, alejándose los españoles que bloqueaban la ciudad. No fueron tan dichosos en Astorga, adonde se dirigió Foy, engrosado en el camino con otro cuerpo

de igual fuerza al que llevaba. Trescientos de sus jinetes se adelantaron á las cercanías, mas la guarnicion, comuesta de 1.200 hombres y mandada por el general Remond se habia rendido el 18 de Agosto en consecuencia de las repetidas y mañosa intimaciones del coronel D. Pascual Enrile, ayudante general del estado mayor del sexto ejército.

Recibió Foy tan sensible nueva en la Bañeza, y no pasando adelante, se enderezó hácia Carvajales con intento de sorprender al Conde de Amarante, que, habiendo levantado el bloqueo de Zamora, tornaba á su provincia de Tras-los-Montes. Se le frustró el golpe proyectado al general frances, quien tuvo que contentarse con recoger el 29 la guarnicion de aquella plaza, no habiendo llenado sino á medias el objeto de su expedicion.

Ni dejaron tampoco de inquietar al enemigo por el propio tiempo los diferentes cuerpos de que se componia el séptimo ejército, y que ascendian á unos 12.000 infantes y 1.600 caballos, ayudados en las costas de Cantabria por las fuerzas maritimas inglesas. Colocóse D. Juan Diaz Porlier entre Torrelavega y Santander, y ejecutando diversas maniobras, disponíase á atacar esta ciudad cuando los enemigos la evacuaron, como tambien toda aquella costa, excepto el punto de Santoña. Porlier entró en Santander el 2 de Agosto, y allí proclamó con pompa la Constitucion, haciendo el saludo correspondiente por tan fausto motivo los buques británicos fondeados en el puerto.

Avanzó Porlier en seguida á Vizcaya, cuya capital Bilbao habían desamparado los enemigos en los primeros dias de Agosto. Reunido allí con don Gabriel de Mendizábal, general en jefe del séptimo ejército, y con D. Mariano Renovales, que mandaba la fuerza levantada por el señorío, se apostaron juntos en el punto llamado de Bolueta, para hacer rostro al frances, que, engrosado, revolvía sobre la villa de Bilbao. Le rechazaron los nuestros completamente el 13 y 14 del mismo Agosto. El 21 insistieron los enemigos regidos por el general Rouget en igual propósito, mas no con mayor ventura, teniendo al fin que acudir en persona el general Caffarelli para penetrar en aquella villa, como lo verificó el día 28. Pero siendo el principal objeto de los franceses socorrer y avituallar á Santoña, luégo que lo consiguieron abandonaron otra vez á Bilbao el 9 de Setiembre. Entónces celebráronse allí grandes festejos, se presentó la Junta-diputacion, y convocándose la general, se instaló ésta el 16 de Octubre, presidida por D. Gabriel de Mendizábal, se publicó la Constitucion, y conforme á ella, despues de haber examinado dicha Junta el estado de armamento y defensa de la provincia, hicieron sus individuos

dejacion de sus cargos, para que los habitantes usasen á su arbitrio de los nuevos derechos que les competian.

A poco depositaron la confianza en D. Gabriel de Mendizábal, á fin de que indicase los individuos que juzgase más dignos de componer la nueva Diputacion, recayendo el nombramiento en las mismas personas que designó aquel general. Unidos todos, continuaron haciéndose notables esfuerzos en los meses que restaban de 1812, con deseo de inquietar al enemigo, y poner en más orden la tropa alistada y la exaccion de arbitrios. Longa, dependiente de este distrito, coadyuvó á estos fines, molestando á los franceses, señaladamente en un encuentro que tuvo en el valle de Sedano al acabar Noviembre, en donde sorprendió al general Fromant, matándole á él y á mucha gente suya, y cogiéndole bastantes prisioneros. Despues atacó á los que ocupaban las Salinas de Añana, y les tomó el punto y 250 hombres, habiendo tambien destruido los fuertes de Nanclares y Armiñon, que abandonó el enemigo. No bastaron, sin embargo, tales conatos para impedir que al cerrar del año, el mismo 31 de Diciembre, ocupasen nuevamente los franceses la villa de Bilbao. Contratiempo que era de temer sobreviniera por la situacion topográfica de aquellas provincias aldeañas de Francia, y de conservacion indispensable para el enemigo, en tanto que permanecieron sus tropas en Castilla; pero que compensó grandemente la suerte en el año inmediato de 1813, en que amanecieron días prósperos para el afianzamiento de la independencia peninsular.

Salió lord Wellington de Madrid el 1.º de Setiembre, habiendo alcanzado con la toma de la capital dar aliento á los defensores de la patria, libertar várias provincias, y más que todo, producir en la Europa entera una impresion propicia en favor de la buena causa. Para añadir otras ventajas á las ya conseguidas, pensó en continuar la guerra sin dar descanso al enemigo, y mandó que en Arévalo se juntasen, en su mayor parte, las fuerzas aliadas.

Allí le dejarémos ahora para volver los ojos á las Andalucías. La victoria de Salamanca, la entrada de los aliados en Madrid, el impulso que por todas partes recibió la opinion, y la necesidad de reconcentrar el enemigo sus diversos cuerpos, eran sucesos que naturalmente habian de ocasionar prontas y favorables resultas en aquellas provincias; mayormente desamparadas las de Castilla la Nueva, y recogido á Valencia José y su ejército del centro; movimiento que embarazaba la correspondencia con los franceses del Mediodía, ó permitía sólo comunicaciones tardías é inciertas.

Nada digno de referirse habia ocurrido en las Andalucías desde la accion de Bórnos, ni por la parte de la sierra de Ronda, ni tampoco por la de Extremadura. La expedicion que el general Cruz Mourgeon habia llevado en auxilio de D. Francisco Ballesteros, despues de volver á la isla de Leon, y de hacer un nuevo desembarco y amago en Tarifa, tornó á Cádiz por última vez en los primeros dias de Agosto; y rehecha y aumentada se envió, á las órdenes del mismo general Cruz, al condado de Niebla, tomando tierra en Huelva en los días 11 y 15 del propio mes.

Por su lado lord Hill, despues de su excursion al Tajo, en que habia tomado los fuertes de Napoleon y Ragusa, permanecia en la parte meridional de Extremadura con las fuerzas anglo-portuguesas de su mando, y asistido del quinto ejército español, no muy numeroso. Observaban allí unos y otros los movimientos del cuerpo que regía el general Drouet.

Mas ahora tratóse de maniobrar de modo que hostilizasen al mariscal Soult y á los cuerpos dependientes de su mando las tropas aliadas que andaban en su torno, y las obligasen á acelerar la evacuacion de las Andalucías, cuya posesion no podia el enemigo mantener largo tiempo despues de lo ocurrido en las Castillas durante los meses de Julio y Agosto.

Dieron los franceses muestras claras de tales intentos, cuando, sin aguardar á que los acometiesen, comenzaron á levantar el sitio de la isla gaditana el 24 de Agosto de este año de 1812, quedando enteramente libre y despejada la línea en el día 25, despues de haberla ocupado los enemigos por espacio de más de dos años y medio. Las noches anteriores, y en particular la víspera, arrojaron los franceses bastantes bombas á la plaza, y aumentando sobremanera la carga de los cañones, y poniendo á veces en contacto unas bocas con otras, reventaron y se destrozaron muchas piezas de las 600 que se contaban entre Chiclana y Rota.

Repique general de campanas, cohetes, luminarias, todo linaje, en fin, de festejos análogos á tan venturoso suceso, anunciaron el contentamiento y universal alborozo de la poblacion. Las Córtes interrumpieron sus tareas, suspendiendo la sesion de aquel dia; y los vecinos y forasteros residentes en Cádiz salieron de tropel fuera del recinto para examinar por sí propios los trabajos del enemigo, y gozar libremente de la apacible vista y saludable temple del campo, de que habian estado privados por tanto tiempo. Distraccion del ánimo inocente y pura, que consolaba de males pasados, y disponía á sobrellevar los que encerrase la inconstante fortuna en su porvenir oscuro.

En los mismos dias que los enemigos levantaron el sitio de Cádiz, abandonaron tambien los puntos que guardaban en las márgenes del

Guadalete y serranía de Ronda, clavando por todas partes la artillería, y destruyendo cuanto pudieron de pertrechos y municiones de guerra. Cogieron, sin embargo, los españoles una parte de ellos, como tambien treinta barcas cañoneras, que quedaron intactas delante de la línea de Cádiz.

Llano era que á semejantes movimientos se seguiria la evacuacion de Sevilla. Impelió igualmente á que se verificase, la marcha que sobre aquella ciudad emprendió el general Cruz Mourgeon, conforme á la resolucion tomada de molestar al mariscal Soult. Le sostenia y ayudaba en esta operacion el coronel Skerret con fuerza británica. Los franceses se habian retirado del condado de Niebla á mediados de Agosto, despues de haber volado el castillo de la villa del mismo nombre, dejando sólo de observacion en Sanlúcar la Mayor unos 500 á 600 hombres, infantes y jinetes. Los dos jefes aliados trataron de aproximarse á Sevilla, y creyendo ser paso prévio atacar á los últimos, lo verificaron arrojándolos de allí con pérdida. En seguida reconcentraron los nuestros sus fuerzas en aquel pueblo, y les sirvió de estímulo para avanzar el saber que Soult desamparaba á Sevilla con casi toda su gente.

Hábalo, en efecto, verificado á las doce de la noche del 27, dejando sólo en la ciudad parte de su retaguardia, que no debia salir hasta las cuarenta y ocho horas despues. Léjos estaban de recelar los enemigos un pronto avance de nuestras tropas, y por tanto continuaron ocupando sosegadamente las alturas que se dilatan desde Tomáres hasta Santa Brígida, en donde tenian un reducto. El general Cruz Mourgeon, destacando algunas guerrillas que cubriesen sus flancos, se adelantó á Castilleja de la Cuesta, en cuyos inmediatos olivares se alojaban los enemigos, teniendo unos cuarenta hombres en Santa Brígida, sin artillería, por haberla sacado en los dias anteriores. Acometieron los nuestros con brío á sus contrarios, y los desalojaron de los olivares, obligándolos á precipitarse al llano. Protegia á los franceses su caballería; pero estrechada ésta por los jinetes españoles, abandonó á los infantes, que se vieron perseguidos por nuestra vanguardia al mando del escoces D. Juan Downie, quien habia levantado una legion que se apedillaba de leales extremeños, vestida á la antigua usanza; servicio que dió ocasion á que la Marquesa de la Conquista, descendiente de Francisco Pizarro, ciñese al D. Juan la espada de aquel ilustre guerrero, que se conservaba aún en la familia.

Al propio tiempo se atacó el reducto, pero malogradamente; hasta que vieron los que le guarnecian ser imposible su salida, é inútil resis-

tencia más prolongada. El general Cruz, queriendo tambien aprovecharse de la ventaja ya conseguida en los olivares de Castilleja, destacó algunos cuerpos para que yendo por la derecha, camino de San Juan de Alfarache, se interpusiesen entre los enemigos y el puente de Triana, á fin de evitar la rotura ó quema de éste; cosa hacedera siendo de barcas. Mas no parándose la vanguardia española ni el coronel Skerret en perseguimiento de los franceses, impidieron que se realizase aquella maniobra, pues cerraron de cerca por el camino real, no sólo á las fuerzas rechazadas de Castilleja, sino tambien á todas las que el enemigo allí reunia, las cuales fueron replegándose en tres columnas con dos piezas de artillería y 200 caballos, y se apostaron, teniendo á su derecha el rio, y á sus espaldas el arrabal de Triana. Motivo por el que resolvió Cruz Mourgeon, consultando al tiempo, que D. José Canterac, en vez de sostener con la caballeria, como habia pensado, los cuerpos de la derecha, ayudase el ataque que daban Downie y Skerret, verificándolo con tal dicha, que su llegada decidió la completa retirada del enemigo de la llanura que todavia ocupaba.

Avanzaron los aliados y se metieron en Triana, empeñándose reciamente el combate en la cabeza del puente. Quien más se arriscó fué Downie con su legion; dos veces lo rechazaron, y dos le hirieron; á la tercera, arremetiendo casi solo, saltó á caballo por uno de los huecos que los franceses habian practicado en una parte del puente, quitando las tablas traviesas y fué derribado, herido nuevamente en la mejilla y en un ojo, y hecho prisionero. Conservó, sin embargo, bastante presencia de ánimo para arrojar á su gente la espada de Pizarro, logrando así que no sirviese de glorioso triunfo á los enemigos.

Éstos, aunque ufanos de haber cogido á Downie, viéndose batidos por nuestra artillería, colocada en el malecon de Triana, y atacados por nuestras tropas ligeras, que cruzaron el puente por las vigas, ni pudieron acabar de cortar éste, ni les quedó más arbitrio que meterse en la ciudad, cerrando la puerta del Arenal. Pero habilitado sin tardanza el puente con tablones que pusieron los vecinos, fuéles permitido á todas las tropas aliadas ir pasando el rio con celeridad, infundiendo así aliento á las guerrillas que iban delante y á los moradores. Pronto se vieron felices resultas, pues abierta la puerta del Arenal sin que los enemigos lo notasen, echadas á vuelo las campanas, colgadas muchas casas, y siendo universal el júbilo y la algazara, metiéronse los nuestros por las calles, y subió á tanto grado el aturdimiento de los franceses y su espanto, que á pesar de los esfuerzos de sus generales, empezaron los soldados

á huir hasta el punto de arrojar algunos las armas, teniendo todos al fin que salir por la puerta Nueva y la de Carmona con direccion á Alcalá, abandonando dos piezas, muchos equipajes, rico botin, caballos, y perdiendo 200 prisioneros. En desquite lleváronse consigo á Downie gran trecho; y sólo le dejaron libre, aunque mal parado, á unas cuantas leguas de Sevilla.

No persiguieron los nuestros á los franceses en la retirada, observándolos tan sólo de léjos la caballería. Cruz Mourgeon se detuvo en la ciudad, donde se publicó la Constitucion el 29 de Agosto, dos días despues de la entrada de los aliados. Se celebró el acto en la Plaza de San Francisco, acompañado de las mismas fiestas y alegría que en las demas partes.

Continuó el mariscal Soult su marcha, obligado á estar siempre en vela por la aversion que le tenían los pueblos, y por atender á los movimientos de D. Francisco Ballesteros, que desembocando de la serranía de Ronda, le amagaba continuamente, engrosado algun tanto con tres regimientos que de la isla de Leon destacó la Regencia, bajo el mando de D. Joaquin Virués.

En el tiempo que promedió, desde la funesta accion de Bórnos hasta la evacuacion de Sevilla, no dejó Ballesteros de molestar al enemigo, ya amenazando á Málaga, aunque irreflexivamente, ya entrando en Osuna con la dicha de sorprender á su gobernador y de coger un convoy, ya, en fin, distrayendo la atencion de los franceses de varios modos. Mas, ahora, no siéndole tampoco dado atacar á Soult de frente á causa de la superioridad de las fuerzas de éste, se limitó, para incomodarle, á ejecutar maniobras de flanco, amparado de las breñas y pintorescas rocas de la sierra de Torcal. Acometió el 3 de Setiembre en Antequera á la retaguardia francesa mandada por el general Semelé, y le acosó tomándole algunos prisioneros, bagajes y tres cañones. Lo mismo repitió al amanecer del 5 en Loja, apretando de cerca los españoles á sus contrarios hasta Santa Fe.

Permaneció el mariscal Soult algunos días en Granada, donde se le juntaron varios destacamentos, que fueron sucesivamente evacuando los pueblos y ciudades de aquella parte, entre ellas Málaga, que había sido abandonada en los últimos dias de Agosto, despues de haber volado el castillo de Gibralfaro. Dió tambien con eso lugar á que se le aproximase el quinto cuerpo frances á las órdenes del general Drouet, conde d'Erlon; quien, acantonado en Extremadura hácia Llerena, se habla mantenido allí desde Mayo sin ser incomodado por Hill ni por los españoles. Así le habia querido lord Wellington, temeroso de algun desman

que comprometiese sus operaciones de Castilla la Vieja; de cuya resolución no se apartó hasta que, yendo de ventura en ventura, y habiéndose dispuesto, según insinuamos, á hostilizar á Soult y cuerpos dependientes de su mando, recibió orden Hill de coadyuvar á este plan; por lo cual, al paso que Cruz y Skerret se movieron la vuelta de Sevilla, marchó también aquel general inglés sobre Llerena el 29 de Agosto, formado en cuatro columnas, con ánimo de espantar á Drouet de aquellos lugares; mas llegó cuando los franceses habían ya levantado el campo, y se retiraban por Azuaga, camino de Córdoba. Desistió Hill de ir tras ellos; y conforme á instrucciones de lord Wellington, se enderezó al Tajo acompañado de las divisiones españolas de Morillo y de Penne Villemur, para obrar de concierto con las demás tropas británicas, ya á la sazón en Castilla la Nueva.

Dejósele, pues, á Drouet continuar tranquilamente su marcha, y ni siquiera fué rastreando su huella otra fuerza que un corto trozo de caballería que el general español Penne Villemur destacó á las órdenes del coronel alemán Schepeler, de quien hablamos con ocasión de la batalla de la Albuera. Desempeñó tan distinguido oficial cumplidamente su encargo, empleando el ardid y la maña, á falta de otros medios más poderosos y eficaces. Replegábase el enemigo lentamente, como que no era incomodado, conservando todavía cerca del antiguo Castel de Belmez, ahora fortalecido, una retaguardia. Deseoso el coronel Schepeler de aventarle, y careciendo de fuerzas suficientes, envió de echadizos á unos franceses que sobornó, los cuales con facilidad persuadieron á sus compatriotas ser tropas de Hill las que se acercaban, resolviendo Drouet, en su consecuencia, destruir las fortificaciones de Belmez el 31 de Agosto, y no detenerse ya hasta entrar en Córdoba. Schepeler avanzó con su pequeña columna, y desparramándola en destacamentos por las alturas de Campillo y salidas de la sierra, cuyas faldas descienden hácia el Guadalquivir, ayudado también de los paisanos, hizo fuegos y ahumadas durante la noche y el día en aquellas cumbres, como si viniesen sobre Córdoba fuerzas considerables; apariencias que sirvieron de apoyo á las engañosas noticias de los espías. No tardó el enemigo en disponer su marcha, y á la una de la madrugada del 3 de Setiembre tocó generala, desamparando los muros de Córdoba al apuntar del alba. Tomaron sus huestes el camino del puente de Alcolea, yendo formadas en tres columnas. Otros ardidés continuó empleando Schepeler para alucinará sus contrarios, y el mismo día 3 por la tarde se presentó delante de la ciudad, cuyas puertas halló cerradas, temerosos algunos vecinos de las gue-

rrillas y sus tropelías. Pero cerciorados muy luégo de que eran tropas del ejército las que llegaban, todos, hasta los más tímidos, levantaron la voz para que se abriesen las puertas; y franqueadas, penetró Schepeler por las calles, siendo llevado en triunfo y como en vilo hasta las casas consistoriales con aclamacion universal, y gritando los moradores: ¡Ya somos libres! En el arrobamiento que se apoderó del coronel con tan entusiasmada acogida, figurósele, segun nos ha contado él mismo, que renacian los tiempos de los Umeyas, y que volvía victorioso á Córdoba el invencible Almanzor (5) despues de haber dado feliz remate á alguna de sus muchas campañas, tan decantadas y aplaudidas por los ingenios y poetas árabes de aquella era; similitud no muy exacta, y vuelo harto remontado de la fantasía del coronel aleman, hombre, por otra parte, respetable y digno.

Mas, á pesar de su triunfo, se vió éste angustiado, no asistiéndole las fuerzas que se imaginaba en la ciudad, y manteniéndose todavía no muy léjos el general Drouet. Aumentó su desasosiego la llegada de D. Pedro Echavarri, quien, valido del favor popular de que gozaba en aquella provincia, habia acudido allí al saber la evacuacion de Córdoba. Hombre ignorante el D. Pedro, y atropellado, quiso, arrogándose el mando, hacer pesquisas y ejecutar encarcelamientos, procurando cautivar áun más la aficion que ya le tenía el vulgo con actos de devocion exagerada. Contuvo Schepeler al principio tales demasías; mas no despues, siendo nombrado Echavarri por la Regencia comandante general de Córdoba; merced que alcanzó por amistades particulares, y por haber lisonjeado las pasiones del dia, y á persiguiendo á los verdaderos ó supuestos partidarios del gobierno intruso, ya publicando pomposamente la Constitucion; pues este general adulaba bajamente al poder cuando le creia afianzado, y se gallardeaba en el abuso brutal y crudo de la autoridad, siempre que la ejercia contra el flaco y desvalido.

Afortunadamente no le era dado á Drouet, á pesar de constarle las pocas fuerzas nuestras que habia en Córdoba y de los desvaríos de Echavarri, revolver sobre aquella ciudad. Impedíasele el plan general de retirada; por lo que prosiguió él la suya, aunque despacio, via de Jaen con rumbo á Huéscar, donde se puso en inmediato contacto con el ejército del mariscal Sault.

---

(5) La celebridad de Almanzor, sus hazañas y relevantes prendas cuéntanse y se individualizan detenidamente en el capitulo XCVI y siguientes de la tan apreciable *Historia de la dominacion de los árabes en España*, por D. José Antonio Conde, tomo I.

Rodeado ya éste de todas sus fuerzas, evacuó á Granada el 16, encaminándose al reino de Murcia. Noticioso de ello Ballesteros trató de inquietarle algun tanto, haciendo que el brigadier Barutell, pasando por Sierra-nevada, le acometiese en los Dientes de la Vieja; lo cual se ejecutó, causando al enemigo mucho azoramiento y alguna pérdida.

Libre Granada, pisó su suelo en 17 de Setiembre el ejército del general Ballesteros, siendo el primero que penetró allí el Príncipe de Anglona, acogido con no menores obsequios, alegría y festejos que los demas caudillos en las otras ciudades.

Respiraron así desahogadamente las Andalucías; y será bien que ahora, ántes de apartar la vista de país tan deleitoso y bello, examinemos, aunque rápidamente, la administracion francesa que rigió en ellas durante la ocupacion, y refiramos algunos de los males y pérdidas que allí se padecieron. Apareció en general desastrada y ruinosa dicha administracion. Eran las contribuciones extraordinarias, como casi en todos los países en que los enemigos dominaban, de dos especies: una que se pagaba en frutos, aplicada á la manutencion de las tropas y á los hospitales; otra en dinero, y conocida bajo el nombre de contribucion de guerra. Fija ésta, variaba la primera segun el número de tropas estantes ó transeúntes, y segun la probidad de los jefes ó su venal conducta. Adolecian especialmente de este achaque algunos comisarios de guerra, quienes con frecuencia recibian de los ayuntamientos gratificaciones pecuniarias para que no hiciesen pedidos exorbitantes de raciones, ó para que las distribuyesen equitativamente conforme á lo que prevenian los reglamentos militares.

Con dificultad se podrá computar lo que pagaron los pueblos de la Andalucía á los franceses durante los dos y más años de su ocupacion. No obstante, si nos atenemos á una liquidacion ejecutada por el comisario regio de José, conde de Montarco, la cual no debiera ser exagerada atendiendo á la situacion y destino del que la formó, aquellos pueblos entregaron á la administracion militar francesa 600 millones de reales. Suma enorme respecto de lo que ántes pagaban; siendo de advertir no se incluyen en ella otras derramas impuestas al antojo de jefes y oficiales sin gran cuenta ni razon, como tampoco auxilios en metálico que venian de Francia destinados á su ejército.

Para dar una idea más cabal é individualizada de lo que estas provincias debieron satisfacer, y para inferir de ahí lo grabadas que fueron las demas de España, segun la duracion mayor ó menor de su ocupacion, manifestarémos en este lugar lo que pagó la provincia de Jaen, de

la que hemos podido haber á las manos datos más puntuales y circunstanciados. Echósele á esta provincia por contribucion de guerra la suma de 1.800.000 reales mensuales, ó sean 21.600.000 reales al año. Y pagó por este solo impuesto y por el de subsistencia, desde Febrero de 1810 hasta Diciembre de 1811, 60 millones de reales, cantidad que resulta de las oficinas de cuenta y razon, y á la cual, si fuese dable, debería añadirse la de las exacciones de los comandantes de la provincia y de su partido, y de los comisarios de guerra y otros jefes para su gasto personal, de las que no daban recibos, considerándolas como cargas locales. Lo molesto y ruinoso de semejantes disposiciones aparece claramente comparando estos gravámenes con los que ántes de la guerra actual pesaban sobre la misma provincia, y se reducian á unos 8.000.000 de reales en cada un año, á saber: mitad por rentas provinciales, y mitad por ramos estancados. Así una comarca meramente agrícola, y cuya poblacion no es excesiva, aprontó en ménos de dos años lo que ántes pagaba casi en ocho.

Las cargas llegaron á ser más sensibles en 1811. Hasta entónces los ayuntamientos buscaban recursos para los suministros en los granos del diezmo, exigiéndolos de los cabildos eclesiásticos, ya como contribuyentes en los repartimientos comunes, ya por via de anticipacion con calidad de reintegro. Pero en aquel año dispuso el mariscal Soutl que los granos procedentes del diezmo se depositasen en almacenes de reserva para el mantenimiento del ejército; órden que se miró como inhumana y algo parecida á los edictos (6) sobre granos del pretor romano de Sicilia; principalmente entónces, cuando el hambre producía los mayores estragos, y cuando el precio del trigo se habia encarecido á punto de valer á más de 400 reales la fanega.

Consecuencia necesaria tamaña escasez del agolpamiento de muchas causas. Habia sido la cosecha casi ninguna; y despues de guerrear y de los muchos recargos, teniendo por costumbre el ejército enemigo embargar para acarreos y trasportes las caballerías de cualquiera clase que fuesen, y robar sus soldados en las marchas las que por ventura quedaban libres, vínose al caso de que desapareciese casi completamente el tráfico interior, y de que las Andalucías, en el desconcierto de su administracion, ofreciesen una imagen más espantosa que las de otras provincias del reino.

---

(6) CICER., *In C. Verrun*, actio sec., liber tertius *De re frumentaria*. Cap. X. Edictum de iudicio in Octuplum.

A tanta ruina y aniquilamiento juntóse el desconuelo de ver despojados los conventos y los templos de las galas y arreo que les daban las producciones del arte, debidas al diestro y delicado pincel de los Murillos y Zurbaranes. Sevilla, principal depósito de tan inestimables tesoros, sintió más particularmente la solícita diligencia de la codiciosa mano del conquistador, habiéndose reunido en el alcázar una comision imperial con el objeto de recoger para el museo de París los mejores cuadros que se hallasen en las iglesias y conventos suprimidos. Cúpoles esta suerte á ocho lienzos históricos que habia pintado Murillo para el hospital de la Caridad, alusivos á las obras de misericordia que en aquel establecimiento se practican. Aconteció lo mismo al Santo Tomas de Zurbarán, colocado en el colegio de religiosos dominicos, y al San Bruno, del mismo autor, que pertenecia á la cartuja de las Cuevas de Triana, con otros muchos y sobreexcelentes, cuya enumeracion no toca á este lugar.

Al ver la abundancia de cuadros acopiados, y la riqueza que resultaba de la escudriñadora tarea de la Comision, despertóse en el mariscal Soult el deseo vehemente de adquirir algunos de los más afamados. Sobresalían entre ellos dos de Bartolomé Murillo, á saber: el llamado de la Virgen del Reposo, y el que representaba el Nacimiento de la misma divina Señora. Hallábase el último en el testero ó espaldas del altar mayor de la catedral, adonde le habian trasladado á principios del corriente siglo por insinuacion de D. Juan Cean, sacándole de un sitio en que carecía de buena luz. Gozando ahora de ella, creció la celebridad del cuadro, y aún la devocion de los fieles, excitada en gran manera por el interes mismo del argumento, y por el gusto y primores que brillan en la ejecucion; los cuales acreditan (7), segun la expresion de Palomino, «la eminenca del pincel de tan superior artífice.»

Han creido algunos que el cabildo de Sevilla hiciera un presente con aquel cuadro al mariscal Soult; mas se han equivocado, á no ser que diesen ese nombre á un dón forzoso. Habian los capitulares ocultado dicho cuadro, recelosos de que se lo arrebatasen; precaucion que fué en su daño, porque sabedor el mariscal frances de lo sucedido, mandó reponerle en su sitio, y en seguida dió á entender sin disfraz, por medio de su mayordomo, al tesorero de la iglesia, D. Juan de Pradas, que le quería para sí, con otros que especificó, y que si se los negaban, mandaria á buscar

---

(7) DON ANTONIO PALOMINO, tomo III, *Vidas de los Pintores*, en la de Bartolomé Murillo.

los. Conferenció el Cabildo, y resolvió dar de grado lo que de otro modo hubiera tenido que entregar por fuerza.

Los cuadros que se llevó el mariscal Soult no han vuelto á España, ni es probable vuelvan nunca. Se recobraron, en 1815, del museo de París, varios de los que pertenecian á establecimientos públicos, entre los cuales se contaron los de la Caridad, restituidos á aquella casa, excepto el de Santa Isabel, que se ha conservado en la academia de San Fernando de Madrid. Con eso los moradores de Sevilla han podido ufanos continuar mostrando obras maestras de sus pintores, y no limitarse á enseñar tan sólo, cual en otro tiempo los sicilianos, los lugares que aquéllas ocupaban ántes de la irrupcion francesa.

Yendo, pues, de marcha á Murcia y Valencia el mariscal Soult, y unidas con él las tropas del general Drouet, aproximándose al mismo punta las mandadas por José en persona, y tratando unos y otros de incorporarse al ejército de la corona de Aragon, que regia el mariscal Suchet, nos parece, ántes de pasar adelante, ocasion oportuna ésta de referir lo que ocurrió durante estos meses en aquellas provincias.

Inquietaba especialmente á Suchet el arribo que se anunciaba, y ya indicamos, de una escuadra anglo-siciliana procedente de Palermo. En Julio creyó el Mariscal ser buques de ella unos que por el 20 del propio mes se presentaron á la vista de Denia y Cullera, entre la Albufera y la desembocadura del Júcar, pues bastóle el aviso para abandonar los confines de Valencia y Cuenca, invadidos por Villacampa y Bassecourt, y reconcentrar sus fuerzas hácia la costa. Sin embargo, el amago no provenia aún de la expedicion que se temia, sino de un plan de ataque que trataban de ejecutar los españoles. Háblele concebido D. José O'Donnell, general, como ántes, del segundo y tercer ejército; y para llevarle á efecto habia juzgado conveniente amenazar la costa con un gran número de bajeles españoles é ingleses, con cuya aparicion, si bien no iban á bordo más tropas que el regimiento de Mallorca, se distrajese la atencion del enemigo, y fuese más fácil acometer por tierra al general Harispe, que gobernaba la vanguardia francesa, colocada en primera línea, via de Alicante.

Era en los mismos días de Julio cuando intentaba el general español atacar á los enemigos. En cuatro trozos distribuyó su gente, cuyo número ascendía á 12.000 hombres. El ala derecha, que se componia de uno de los dichos trozos, bajo el mando de D. Felipe Roche, se alojaba entre Ibi y Jijona. Otro, formando el centro, acampaba á media legua de Castalla, y le regia el brigadier D. Luis Michelena. Servia de reserva el ter-

ceros, á las órdenes del Conde de Montijo, á una legua á retaguardia, en la venta de Tibi. El cuarto y último trozo, que era el ala izquierda, constaba de infantería y caballería: dependía aquélla del coronel D. Fernando Miyares, y ésta del coronel Santistéban, situándose los peones en Petrel, y los jinetes en Villena: parece ser que los postreros tuvieron orden de ponerse entre Sax y Biar, y no donde lo verificaron, para caer sobre Ibi si los enemigos abandonaban el pueblo. Don Luis Bassecourt por su lado vino con la tercera division del segundo ejército sobre la retaguardia de los franceses.

Habiendo agolpado Suchet mucha de su gente hácia la costa para observar la escuadra que se divisaba, no quedaba por los puntos que los nuestros se disponian á atacar, sino fuerzas poco considerables: en Alcoy una reserva, á cuya cabeza permanecia el general Harispe; en Ibi una brigada de éste, á las inmediatas órdenes del coronel Mesclop, estando avanzado hácia Castalla con el séptimo regimiento de línea el general Delort: acantonábase el 24 de dragones en Onil y Biar.

Rompieron los nuestros la acometida en la mañana del 21. Repelido Mesclop por las tropas de Roche, trató de buscar amparo al lado de Delort, dejando en el fuerte de Ibi dos cañones y algunas compañías. Mas acometido tambien el mismo Delort por nuestra izquierda y centro, se vió obligado á desamparar á Castalla, cuyo pueblo átravesó Michelena, situándose el frances en un paraje más próximo á Ibi, y dándose así la mano con Mesclop aguardó de firme á que se juntasen los dragones. Verificado lo cual, y advirtiendo que los españoles se mostraban confiados por el éxito de su primer avance, tomó la ofensiva, y dispuso que saliendo sus jinetes de los olivares acometiesen á nuestros batallones, no apoyados por la caballería, con lo que consiguió desbaratarlos, y áun acuchillar algunas tropas del centro. En balde intentó la reserva protegerlos: el enemigo se apoderó de una batería compuesta de sólo dos cañones, por no haber llegado los demas á tiempo, y cogió prisionero á un batallon de walones abandonado por otro de Badajoz; retiróse en buena ordenanza el de Cuenca, que dió lugar á que se le reuniesen dos escuadrones del segundo regimiento provisional de línea, únicos que presenciaron la accion, si bien fueron tambien deshechos.

Desembarazados los enemigos por el lado de Castalla, tornó Mesclop á Ibi, y arremetió á los nuestros del mando de Roche. Recibieron los españoles con serenidad la acometida, y áun permanecieron inmóviles, hasta que acudiendo de Alcoy el general Harispe con un regimiento de refresco, se fueron retirando con bastante orden por el país quebrado y

de sierra que conduce á Alicante, en donde entraron sin particular contratiempo. Perdieron los españoles en tan desastrosa jornada 2.796 prisioneros, más de 800 entre muertos y heridos, dos cañones, tres banderas, fusiles y bastantes municiones.

Mengua y baldon cayó sobre D. José O'Donnell, ya por haberse acelerado á atacar estando en vísperas de que aportase á Alicante la division anglo-siciliana, ya por sus disposiciones mal concertadas, y ya porque afirmaban muchos haber desaparecido de la accion en el trance más apretado.

Hubo tambien quien echase la culpa al coronel Santistéban por no haber acudido oportunamente con su caballería; y acreditó en verdad impericia extrema el no haber calculado de antemano los tropiezos que encontraria la artillería para llegar á tiempo, hallándose nuestro ejército en terreno que á palmos debian conocer sus jefes.

Indignados todos, y reclamando severa aplicacion de las leyes militares, tuvo necesidad la Regencia de mandar se «formase causa á fin de averiguar los incidentes que motivaron la desgracia de Castalla.»

No poco contribuyó á esta resolucion el desabrimiento y enojo que mostraron los diputados de Valencia; acabando por provocar en las Cortes discusiones empeñadas y muy reñidas. Clamaron con vehemencia en la sesion del 17 de Agosto contra tan vergonzosa rota los señores Traver y Villanueva, y en el caluroso fervor del debate acusaron á la Regencia de omision y descuido, habiendo quien intentase ponerla en juicio. En Enero habian pedido aquellos diputados se mudasen los jefes, autorizando ampliamente á los que se nombrasen de nuevo, y aún habian indicado las personas que serian gratas á la provincia. La Regencia se habia conformado con la propuesta de los diputados, de dar plenas facultades á los jefes, mas no con la que hicieron respecto de las personas; disposicion notable y arriesgada si se advierte que el general en jefe y el intendente del ejército eran los señores O'Donnell y Rivas, hermanos ambos de dos regentes. Hizo resaltar este hecho en su discurso el Sr. Traver, y por eso, y arrastrado de inconsiderado ardor, llegó á expresar «que no mereciéndole el Gobierno confianza, los comisionados que se nombrasen para la averiguacion de lo ocurrido en la accion del 21 de Julio fuesen precisamente del seno de las Cortes.»

Concurrió tambien, para enardecer los animos, la poca destreza con que el Ministro de la Guerra, no acostumbrado á las luchas parlamentarias, defendió las medidas tomadas por la Regencia; y el haber acontecido á la propia sazon la batalla de Salamanca, cuyas glorias hacian con-

traste con aquellas lástimas de Castalla; por lo que, aquejado de agudo dolor, exclamó un diputado ser bochornoso y de gran deshonra «que, al mismo tiempo que naciones extranjeras lidiaban afortunadamente por nuestra causa y derramaban su sangre en los campos de Salamanca, huiesen nuestros soldados con baldon de un ejército inferior en Castalla y sus inmediateces.»

Las Córtes, aunque no se conformaron con la opinion del Sr. Traver en cuanto á que individuos de su seno entrasen en averiguacion de lo ocurrido, resolvieron, oida la comision de Guerra, que la Regencia mandase formar la sumaria correspondiente sobre la jornada de Castalla, empezando por examinar la conducta del General en jefe; de todo lo cual debia darse cuenta á las Córtes con copia certificada. Ordenaron tambien éstas que se continuase y concluyese el proceso á la mayor brevedad, desaprobando el que se hubiese nombrado á D. José O'Donnell general de una reserva que iba á organizarse en la isla de Leon, segun lo habia verificado ya la Regencia incauta é irreflexivamente.

Entrometíanse las Córtes, adoptando semejante providencia, más allá de lo que era propio de sus facultades. Desacuerdo que sólo disculpaban las circunstancias y el anhelo de apaciguar los ánimos, sobradamente alterados. Consiguióse este objeto; mas no el que se refrenase con la conveniente severidad el escándalo que se habia dado en Castalla, puesto que al són de las demas terminó la presente causa; siendo grave y muy arraigado mal este de España, en donde casi siempre caminan á la par la falta de castigo y la arbitrariedad; y hasta que ambos extremos no desaparezcan de nuestro suelo, nunca lucirán para él días de felicidad verdadera.

El golpe disparado contra D. José O'Donnell hirió de rechazo á su hermano D. Enrique, conde del (8) Abisbal, regente del reino, quien agraviado de algunas palabras que se soltaron en la discusion, juzgó comprometido su honor y su buen nombre si no hacia dejacion de su cargo, como lo verificó, por medio de una exposicion que elevó á las Córtes.

Varios diputados, especialmente los más distinguidos entre los de la opinion reformadora, se negaban á admitir la renuncia del D. Enrique, conceptuándole el más entendido de los regentes en asuntos de guerra, empeñado cual ninguno en la causa nacional, no desafecto á las mudan-

---

(8) *Del Abisbal*. Escribimos así este nombre, porque comunmente se firmaba de este modo: *El Conde del Abisbal*. Mas el pueblo de donde tomó el titulo, en cataluña, se escribe *La Bisbal*.

zas políticas y de difícil substitution, atendida la escasez de hombres verdaderamente repúblicos. Muchos de la parcialidad anti-reformadora y los americanos fueron de distinto dictámen; éstos llevados siempre del mal ánimo de desnudar al Gobierno de todo lo que le diese brío y fortaleza, aquéllos por creer al del Abisbal hombre de partes aventajadas y de arrojo bastante para abalanzarse por las nuevas sendas que se abrian á la ambicion honrosa. Hubo tambien diputados que, sensibles por una parte á lo de Castalla, de cuya infeliz jornada achacaban alguna culpa á D. Enrique por el tenaz empeño de conservar á su hermano en el mando, y enojados por otra de que se mostrase tan poco sufrido de cualquiera desvío inoportuno, ó personalidad ofensiva que hubiese ocurrido en la discusion, se arrimaron al dictámen de los que querian aceptar la dimision que voluntariamente se ofrecia; lo cual se verificó por una gran mayoría de votos en sesion celebrada en secreto. Esta resolucion apesadumbró al Conde del Abisbal, quien, arrepentido de la renuncia dada, hizo gestiones para enmendar lo hecho. A este fin nos habló entónces el mismo Conde; mas era ya tarde para borrar en las Córtes el mal efecto que habia producido su exposicion poco meditada.

Nació discordancia en los pareceres acerca de la persona que deberia suceder al Conde del Abisbal, distribuyéndose los más de los votos entre D. Juan Perez Villamil y D. Pedro Gomez Labrador, recién llegados ambos de Francia, en donde los habian tenido largo tiempo mal de su grado. El primero volvía con permiso de aquel gobierno; el segundo escapado y á escondidas de la policia imperial. Humanista distinguido Villamil y erudito jurisconsulto al paso que magistrado íntegro y adicto á la causa de la independenciam, como autor que fué, segun apuntamos, del célebre aviso que dió el alcalde de Móstoles, en 1808, á las provincias del Mediodía, disfrutaba de buen concepto entre los ilustrados, realzado ahora con su presentacion en Cádiz. Pues si bien tornó á Madrid, de Francia, con la correspondiente licencia de la policia, y bajo el pretexto de continuar una traduccion que habia empezado años ántes, del Columela, mantuvo intacta su reputacion, y áun la acreció con haber usado de aquel ardid sólo para correr á unirse al gobierno legítimo. No obstante, los que tuvieron ocasion de tratarle á su llegada á Cádiz, advirtieron la gran repugnancia que le asistia en aprobar las innovaciones hechas, y su inalterable apego á rancias doctrinas y á la gobernacion de los Consejos, tan opuestos á las Córtes y sus providencias. Por eso, desconfiando de él la parcialidad reformadora, no pensó en nombrarle, sino que, al contrario, fijó sus miras en D. Pedro Gomez Labrador, á quien se reputaba hombre firme despues

de las conferencias de Bayona, en las que, según dijimos, tuvo intervención, y se le creía además sujeto de luces é inclinado á ideas modernas; principalmente viendo que le sostenian sus antiguos condiscípulos de la universidad de Salamanca, de que varios eran diputados, y alguno, como D. Antonio Oliveros, tan amigo suyo, que meses ántes anduvo allegando dineros en Cádiz para facilitarle la evasión y el costo del viaje. El tiempo probó lo errado de semejante juicio.

Disputóse de consiguiente la elección; pero vencieron en fin los anti-reformadores, quedando electo regente, aunque por una mayoría cortísima, D. Juan Perez Villamil, quien tomó posesion de su dignidad el 29 de Setiembre de este año de 1812. La experiencia acreditó muy luégo que el partido liberal no so habia equivocado en el concepto que de él formára, bien que al prestar Villamil en el seno de las Córtes el juramento debido, manifestó entre otras cosas (9) «que le alentaba la confianza de que le facilitarla su desempeño en tan ardua carrera el rumbo señalado ya de un modo claro y distinto por los rectos y luminosos principios del admirable código constitucional que las Cortes acababan de dar á la nacion española.» Expresiones que salieron sólo de los labios, y cuya falsía no tardó en mostrarse.

Volvamos á Valencia. Allí, en medio de la afliccion que produjo el desastre de Castalla, repusiéronse los ánimos con la pronta llegada de la expedicion anglo-siciliana ya enunciada. Habia salido de Palermo en Junio: constaba de 6.000 hombres, sin caballería, á las órdenes del teniente general Tomás Maitland, y la convoyaban buques de la escuadra inglesa del Mediterráneo, bajo el mando del contraalmirante Hallowell. Arribó á Mahon á mediados del propio mes. Debia reunírsele, como lo verificó, la division que formaba en Mallorca el general Whittingham, de composicion muy vária y no la más escogida, cuya fuerza no pasaba de 4.500 hombres. Tomadas diferentes disposiciones, y juntas todas las tropas, salió de nuevo la expedicion á la mar en los últimos dias de Julio, y ancló el 1.º de Agosto en las costas de Cataluña hácia la boca del Tordera.

Dió señales Maitland de querer desembarcar, pero dejó de realizarlo, conferenciado que hubo con Eroles, quien se acercó allí autorizado por el general en jefe D. Luis Lacy. Temian los jefes del principado no llamase sobradamente la atencion del enemigo la presencia de aquellas

---

(9) *Diario de las discusiones y actas de las Córtes extraordinarias de Cádiz*, tomo XV, pág. 291. Sesion del 29 de Setiembre de 1812.

fuerzas, en especial siendo inglesas, y preferían continuar guerreando solos como hasta entónces, á recibir auxilio extraño; por lo cual aconsejaron á Maitland dirigiese el rumbo á Alicante, cuya plaza pudiera ser amenazada despues de lo acaecido en Castalla. Parecióronle fundadas al general inglés las razones de los nuestros, y levando el ancla, surgió el 9 de Agosto con su escuadra en Alicante, saltando sus tropas en tierra al día siguiente.

A poco, saliendo los aliados de aquel punto, avanzaron, y Suchet juzgó prudente reconcentrar sus fuerzas al rededor de San Felipe de Játiva, en cuya ciudad estableció sus cuarteles, engrosado con gente suya de Cataluña, y con dos regimientos que de Teruel le trajo el general Paris. Levantó en San Felipe obras de campaña, y construyó sobre el Júcar cerca de Alberique un puente de barcas. Era su propósito no retirarse sin combatir, á no ser que lo atacasen superiores fuerzas.

Pudieron luégo desvanecerse cualesquiera recelos que le inquietáran, porque el 19 volvieron á replegarse los aliados sobre Alicante, noticiosos de que se acercaba al reino de Valencia José con su ejército del centro. Súpolo Suchet el 23, y más alentado, mandó al general Harispe que se adelantase camino de Madrid para facilitar los movimientos del intruso. El 25 estaban ya reunidos todos, verificando en breve lo mismo, aunque muy mal parado, el general Maupoint, quien saliendo de Madrid con un regimiento de línea y algunos húsares, y habiendo libertado en su paso á Valencia la guarnición de Cuenca, estrechada de los nuestros, vióse acometido cerca del río Utiel por D. Pedro Villacampa, y deshecho con pérdida de dos cañones, de los bagajes y de más de 300 hombres.

Las fuerzas que traía José se componían de las divisiones de los generales D'Armagnac y Treillard, de muchos destacamentos y depósitos de los ejércitos suyos de Portugal, del centro y del Mediodía, de la division de Palombini, y de algunos cuerpos españoles á su servicio, inclusa su guardia real, ascendiendo la totalidad á unos 12.000 combatientes. Los militares inválidos, los empleados y los que seguían á aquel ejército por sus compromisos aumentaban mucho la cuenta, subiendo el consumo á 40.000 raciones de víveres, y á 10.000 de paja y cebada. José entró en Valencia el 26 de Agosto, esmerándose el mariscal Suchet en el recibo que le preparó.

Acrecidos en tan gran manera por esta parte los medios del enemigo, dificultoso era tomasen los aliados la ofensiva, y así muchas de sus fuerzas mantuviéronse en Alicante; otras emprendieron acometimientos y correrías hácia la Mancha, en donde se juntaron con el general Hi-

ll; obligando las circunstancias á obrar cada día más precavidamente. El mariscal Soult habia ido adelantándose hácia el reino de Valencia por el camino de Ciézar, despues de haber pasado el Segura en Calasparra. Su ejército habla padecido bastante; pues aunque no le molestaron los españoles, desamparando los moradores sus hogares, le escasearon mucho los mantenimientos y demas auxilios.

Púsose éste en comunicacion el 2 de Octubre con los ejércitos de Suchet y el centro, ocupando las estancias de Yecla, Albacete, Almanza y Jorquera. Pidió el mariscal Soult al rey José unos dias de reposo, indispensable para sus tropas harto cansadas, y conveniente para meditar con detencion el plan que debia adoptarse en dias apurados como los que corrian.

Entre tanto, aquel mariscal no dejó ociosa una parte de su ejército, pues dió órden á Drouet, conde D'Erlon, jefe del quinto cuerpo, y ahora tambien de la vanguardia, de que se apoderase del castillo de Chinchilla, antiguo y de poco valer, guarnecido por 200 hombres que capitaneaba el teniente coronel de ingenieros D. Juan Antonio Cearra. En 3 de Octubre embistieron los franceses el recinto, y abrieron brecha al cabo de pocos dias. Mantúvose el gobernador sordo á las propuestas que se le hicieron de rendirse, insistiendo en su negativa, hasta que el día 8 tuvo la mala suerte de que cayese un rayo y le hiriese, matando ó lastimando á unos 50 de sus soldados. Forzoso se hizo entónces el capitular; pero se verificó con honor, y dejando sin mancilla el lustre de nuestras armas.

En los primeros dias de Setiembre habia tomado el mando del segundo y tercer ejército, como sucesor de D. José O'Donnell, el general D. Francisco Javier Elío, de vuelta á España del mando que vimos se le habia dado en el Río de la Plata. Aunque su llegada no influyese notablemente en mejorar las operaciones de aquel distrito, no dejaron por eso de realizarse con ventaja algunas excursiones, sobre todo las ya indicadas de la Mancha que capitaneó el mismo Elío, en donde se recobró el 22 de Setiembre el castillo de Consuegra, que tenía 290 hombres de guarnicion, despues de siete dias de resistencia esforzada. Suceso éste, con otros parecidos, que molestaban al frances, no parando, sin embargo, en ellos su principal consideracion, fija en los acontecimientos más generales de los ejércitos aliados de Castilla, por los que vislumbrando el mariscal Suchet los peligros á que se hallaria expuesto más adelante, redobló su cuidado, ya tan vivo, fortificando varios pasos, y avituallando y mejorando las plazas fuertes. Ni desatendió la ciudad misma de Valencia, en donde, entre otros preparativos y defensas, dispuso aislar el edi-

ficio de la Aduana, vasto y sólido, derribando várias casas y un colegio que le dominaban, y colocando ademas unos morteros que infundiesen respeto en la poblacion, caso de que intentára desmandarse. Llevaba Suchet la mira, al tomar estas providencias, no sólo de repeler cualquier ataque del ejército aliado y de enfrenar á los habitantes, sino tambien la de conservar ciertos puntos que le ofreciesen mayor comodidad de reconquistar la provincia, si las vicisitudes de la guerra le obligasen á evacuarla momentáneamente.

No fueron por este tiempo de mayor entidad, comparadas con las de ambas Castillas y Andalucía, las ocurrencias de las otras provincias del mando del mariscal Suchet, como lo eran Aragon y Cataluña. Incesantes peleas, reencuentros, sorpresas difíciles de relatar, si bien inquietadoras para el enemigo, fueron el entretenimiento afanoso y bélico de aquellas comarcas. Y la Regencia, deseosa de darlo impulso multiplicando focos de resistencia, nombró comandante general de Aragon á D. Pedro Sarsfield, á cuyo reino pasó éste desde Cataluña, acompañado de algunos cuadros del ejército bien aguerridos y disciplinados. En su primera incursion avanzó Sarsfield á Barbastro, entró en la ciudad el 28 de Setiembre, y se hizo dueño de los muchos repuestos que habia acopiado allí el enemigo. En los otros meses, hasta fin de año, este jefe, Mina y otros partidarios desasosgararon mucho al enemigo por la izquierda del Ebro; y por la derecha Gayan, Villacampa, y en ocasiones Durán, el Empecinado y diversos caudillos no cesaron de maniobrar, poniendo en aprieto en Diciembre á los que guarnecian el castillo de Daroca, y en mucho riesgo de perderse al general Severoli al frente de una columna bastante considerable. Zaragoza misma, en donde continuaba mandando el general Paris, estuvo á punto más de una vez de caer en manos de los españoles.

En Cataluña procuraba D. Luis Lacy que no se abatiese el valor de los habitantes, dando pábulo al ardimiento comun en cuanto lo consentian sus recursos, cada dia más limitados con la pérdida de las plazas fuertes y principales puertos, y no teniendo apénas otro abrigo ni apoyo más que el de la lealtad y constancia catalanas.

Eroles, Manso, Milans y otros jefes sostenian la lucha con el mismo brío que ántes; favoreciendo las empresas, siempre que eran del lado de la costa, el comodoro inglés Codrington, que surcaba por aquellos mares, é incendió y cogió varios buques surtos en el puerto de Tarragona. Frecuentemente encruelecíase la guerra por ambas partes, sin haber causa fundada que disculpase encarnizamiento tan porfiado. Era, sin embargo, por lo comun primer móvil de los rigores más inhumanos el go-

bernador frances de Lérida Henriod, en otra ocasion citado, á cuyas demasías respondia á veces con sobras D. Luis Lacy. Cierta que inquietaban con razon á los franceses continuadas tramas; mas un leve indicio, una delacion infame ó una mera cavilacion, bastaban á menudo para sumir en calabozos, y áun para llevar al cadalso, á respetables ciudadanos. Nos inclinamos á contar en las de este número una conspiracion preconizada por el general Decaen, que dió lugar á la prision del comerciante de Barcelona D. José Baiges y de otros veinte y dos individuos. Imputábaseles el crimen de querer envenenar la guarnicion entera de aquella plaza: atrocidad que, á ser cierta, hubiera merecido un ejemplar castigo; pero á la cual no dió crédito D. Luis Lacy, y la conceptuó invencion de la malevolencia, ó traza buscada de intento para deshacerse de los que por su patriotismo y arrojo causaban sombra á los invasores y sus secuases: razon que le impelió á publicar con toda solemnidad un decreto mandando tratar con la misma severidad con que fuesen tratados los últimamente perseguidos en Barcelona á otro igual número de prisioneros franceses. La amenaza impidió se verificasen posteriores procedimientos por ambas partes; y duélenos ver empleados á guerreros ilustres en retos tan carniceros é impropios de la noble profesion de las armas.

Páginas más gloriosas, si bien deslustradas alguna vez, va ahora á desdoblarse la historia, refiriendo las campañas sucesivas de lord Wellington, importantes y de pujanza para acabar de afianzar la libertad española. Recordará el lector que anunciamos en otro lugar haber salido aquel caudillo de Madrid el 1.º de Setiembre con direccion á Arévalo, en donde habia mandado reunir sus principales fuerzas. Le acompañaron en sus marchas las divisiones de su ejército 1.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª, quedando en Madrid y sus cercanías la tercera con la ligera y cuarta.

Al aproximarse los anglo-portugueses, evacuaron los enemigos á Valladolid, cuya ciudad habian ocupado de nuevo, entrando Clausel en Búrgos, ya de retirada, el 17 del propio Setiembre. No continuó éste mandando su gente largo tiempo, pues reuniéndosele luégo que salió de Búrgos el general Souham con 9.000 infantes del ejército del Norte, se encargó al último la direccion en jefe de toda esta fuerza.

Habian proseguido su movimiento las tropas aliadas, y el 16 juntóseles el sexto ejército español entre los pueblos de Villanueva de las Carretas, Pampliega y Villazopeque. Capitaneábalo D. Francisco Javier Castaños, y habíase ocupado mucho en su organizacion y mejora el general jefe de estado mayor D. Pedro Agustin Jiron. Constaba su fuerza de unos 16.000 hombres, segun arriba indicamos.

Pisaron los aliados las calles de Búrgos el 18 de Setiembre, acogién-dolos el vecindario con las usuales aclamaciones, turbadas un instante por desmanes de algunos guerrilleros, que no tardó en reprimir D. Miguel de Álava.

El 19 procedieron los aliados á embestir el castillo de Búrgos, circui-do de obras y nuevas fortificaciones. Para ello colocaron una division á la izuierda de Alarzon, é hicieron que otras dos, con dos brigadas portu-guesas, vadeasen este rio y se aproximasen á los fuertes, arrojando á los enemigos de unas flechas avanzadas. Situóse en el camino real lo demas del ejército para cubrir el ataque.

En la antigüedad era este castillo robusto, majestuoso, casi inacce-sible; y fortalecióle en gran manera D. Enrique II, el de las mercedes; arruinándose los muros notablemente en la resistencia empeñada que dentro de él, y contra los Reyes Católicos, hizo la bandería que llevaba el nombre del Rey de Portugal. Mandóle, no obstante, reedificar la reina doña Isabel, y todavía se mantenía en pié, cuando por los años de 1736 un cohete tirado de la ciudad en una fiesta le prendió fuego, sin que na-die se moviese á apagar las llamas, cuya voracidad duró algunos días. Domina el castillo los puntos y cerros que se elevan en su derredor, ex-cepto el de San Miguel, del que le divide una profunda quebrada, y en cuya cima habian construido los franceses un hornabeque muy espacio-so. Los antiguos muros del castillo eran bastante sólidos para sostener cañones de grueso calibre, y en una de las principales torres levantaron los franceses una batería acasamatada. Dos líneas de reductos rodeaban la colina, dentro de las cuales quedaba encerrada la iglesia de la Blanca, edificio más bien embarazoso que propio para la defensa. Componíase la guarnicion de 2 á 3,000 hombres, y la mandaba el general Du Breton.

Fiados los ingleses en su valor y en los defectos que notaron en la construccion de las obras, resolvieron tomarlas por asalto unas tras otras, empezando por el hornabeque de San Miguel, enseñoreador de to-das ellas. Consiguieron apoderarse de esto recinto en la noche del 19 al 20 de Setiembre, si bien á costa de sangre, y con la desventura de no ha-ber podido impedir la escapada furtiva de la guarnicion francesa, que se acogió al castillo, cuyas murallas pensaron los aliados acometer inme-diatamente, casi seguros de coronar luégo con sus armas hasta las amenas más elevadas.

Pero frustrándoseles sus esperanzas, dásenos vagar para que refiramos lo que ocurrió con motivo de una medida tomada por las Córtes en este tiempo, que, aunque motejada de algunos, fué en la nacion univer-

salmente aplaudida. Queremos hablar del mando en jefe de los ejércitos españoles conferido á lord Wellington. Vimos en un libro anterior la resistencia de las Córtes en acceder á los deseos de aquel general, que por el conducto de su hermano sir Enrique Wellesley habia pedido el mando de las provincias españolas limítrofes de Portugal. Pareció entónces prematuro el paso por la sazón en que se dió, y por no concurrir todavía en la persona del lord Wellington condiciones suficientes que coloreasen la oportunidad de la medida. Mas orlada ahora la frente de aquel caudillo con los laureles de Salamanca, y con los que le proporcionaron las inmediatas y felices resultas de tan venturosa jornada, habian cambiado las circunstancias; juzgando muchos que era llegado el tiempo de poner bajo la mano firme, vigorosa y acreditada de lord Wellington, duque de Ciudad-Rodrigo, la direccion de todos los ejércitos españoles; mayormente cuando se hallaba ya á la cabeza de las tropas británicas y portuguesas, convertidas por sus victorias en principal centro de las operaciones activas y regulares de la guerra. Tomó cuerpo el pensamiento, que rodaba por la mente de hombres de peso, entre varios diputados, aún de aquellos que ántes habian esquivado la medida, y que siempre se mostraban hoscos á intervenciones extrañas en los asuntos internos. El diputado por Astúrias don Andres Ángel de la Vega, afecto á estrechar la alianza inglesa, apareció como primer apoyador de la idea, ya por las felices consecuencias que esperaba resultarían para la guerra, ya por estar persuadido de que cualquiera mudanza política en España, intrincada selva de intereses opuestos, necesitaba para ser sólida de un arrimo extraño, no teniéndole dentro; y que éste debia buscarse en Inglaterra, cuya amistad no comprometia la independendencia nacional, como sucedia entónces con Francia, sujeta á un soberano que no soñaba sino en continuas invasiones y atrevidas conquistas.

Al D. Andres Ángel agregáronse D. Francisco Ciscar, D. Agustin de Argüelles, D. José María Calatrava, el Conde de Toreno, D. Fernando Navarro, D. José Mejía, D. Francisco Golfín, D. Juan María Herrera y D. Francisco Martínez de Tejada. Juntos todos éstos examinaron la cuestion con reserva y detenidamente; decidiendo al cabo formalizar la propuesta ante las Córtes, en la inteligencia de que se verificase en sesion secreta, para evitar, si aquélla fuese desechada, el desaire notorio que de ello se seguiria á lord Wellington, y tambien la publicidad de cualquiera expresion disonante que pudiera soltarse en el debate y ofender al general aliado, con quien entónces, más que nunca, tenía cuenta mantener buena y sincera correspondencia. No ignoró el ministro inglés nada de lo

que se trataba: dió su asenso y aún suministró apuntes acerca de los términos en que convendría extender la gracia; mas sin provocar su concesion ni acelerarla, por vivo que fuese su deseo de verla realizada.

Encargóse D. Francisco Císcar, diputado por Valencia, de presentar la proposicion por escrito, firmada por los vocales ya expresados. No encontró la medida en las Córtes resistencia notable, preparado ya el terreno. Hubo con todo quien la rechazase, en particular varios diputados de Cataluña, y entre ellos D. Jaime Creux, más adelante arzobispo de Tarragona, é individuo en 1822 de la que se apellidó Regencia de Urgel. Nació principalmente esta oposicion del temor de que se diesen ensanches en lo venidero al comercio británico en perjuicio de las fábricas y artefactos de aquel principado, en cuya conservacion se muestran siempre tan celosos sus naturales. Mañosamente usó de la palabra el Sr. Creux, mirando la cuestion por diversos lados. Dudaba tuviesen las Córtes facultades para dispensar á un extranjero favor tan distinguido; añadiendo que la propuesta debia proceder de la Regencia, única autoridad que fuese juez competente de la precision de acudir á semejante y extremo remedio, y no dejando tampoco de alegar en apoyo de su dictámen lo imposible que se hacia sujetar á responsabilidad á un general súbdito de otro gobierno, y obligado, por tanto, á obedecer sus superiores órdenes. Razonos poderosas, contra las que no habia más salida que la de la necesidad de aunar el mando, y vigorizarle para poner pronto y favorable término á guerra tan funesta y prolongada.

Convencidas de ello las Córtes, aprobaron por una gran mayoría la proposicion de D. Francisco Císcar y sus compañeros, resolviendo asimismo que la Regencia manifestase el modo más conveniente de extender la concesion, con todo lo demas que creyese oportuno especificar en el caso. Evacuado este informe, dieron las Córtes el decreto siguiente: «Siendo indispensable para la más pronta y segura destruccion del enemigo, que haya unidad en los planes y operaciones de los ejércitos aliados en la Península, y no pudiendo conseguirse tan importante objeto sin que un solo general mande en jefe todas las tropas españolas de la misma, las Córtes generales y extraordinarias, atendiendo á la urgente necesidad de aprovechar los gloriosos triunfos de las armas aliadas, y las favorables circunstancias que van acelerando el deseado momento de poner fin á los males que han afligido á la nacion; y apreciando en gran manera los distinguidos talentos y relevantes servicios del Duque de Ciudad-Rodrigo, capitan general de los ejércitos nacionales, han venido en decretar y decretan: Que durante la cooperacion de las fuerzas

aliadas en defensa de la misma Península, se le confiara el mando en jefe de todas ellas, ejerciéndole conforme á las ordenanzas generales, sin más diferencia que hacerse, como respecto al mencionado Duque se hace por el presente decreto, extensivo á todas las provincias de la Península cuanto previene el artículo 6.º, título I, tratado VII de ellas; debiendo aquel ilustre caudillo entenderse con el gobierno español por la secretaría del despacho universal de la Guerra. Tendrálo entendido la Regencia del reino, etc. Dado en Cádiz, á 22 de Setiembre de 1812.»

Con sumo reconocimiento y agrado recibió la noticia lord Wellington, contestando en este sentido desde Villatoro con fecha de 2 de Octubre; mas expuso al mismo tiempo que ántes de admitir el mando con que se lo honraba, érale necesario obtener el beneplácito del Príncipe regente de Inglaterra, lo que dió lugar á cierto retraso en la publicación del decreto.

Motivó semejante tardanza diversas hablillas, y áun siniestras interpretaciones y deslenguamientos, acabando por insertar á la letra el decreto de las Córtes un periódico de Cádiz intitulado *La Abeja*. Dióse por ofendida de esta publicación la Regencia, temiendo se la tachase de haber faltado á la reserva convenida; y por lo mismo trató de justificarse en la *Gaceta* de oficio: otro tanto hizo la secretaría de Córtes, como si pudiera nadie responder de que se guardase secreto en una determinación sabida de tantos, y que había pasado por tantos conductos. Se enredó, sin embargo, el negocio, á punto de entablarse contra el periódico una demanda judicial. Cortó la causa el diputado D. José Mejía, quien á sí propio se denunció ante las Córtes como culpable del hecho, si culpa había en dar á luz un documento conocido de muchos, y con cuya publicación se conseguía aquietar los ánimos, sobrado alterados con las voces esparcidas por la malevolencia, y aumentadas por el misterio mismo que se había empleado en este asunto. Hubo quien quiso se hiciesen cargos al diputado Mejía, graduando su proceder de abuso de confianza. Las Córtes fallaron lo contrario, bien que despues de haber oído á una comision, y suscitádose debates y contiendas. Livianos incidentes en que se descarriaban con frecuencia los cuerpos representativos, malgastando el tiempo tanto más lastimosamente, cuanto en discusiones tales toman parte los diputados de menor valía, aficionados á minucias y personales ataques.

Envió entretanto lord Wellington su aceptación definitiva, en virtud del consentimiento alcanzado del Príncipe regente, y las Córtes dispusieron que se leyese en público el expediente entero, como se verificó en

la sesion del 20 de Noviembre; cesando con esto las dudas y el desasosiego, y quedando así satisfecha la curiosidad de la muchedumbre.

No faltaron, sin embargo, personas, aunque contadas, que censuraban acerbamente la providencia. Los redactores del Diario mercantil de Cádiz, so color de patriotas, alzaron vivo clamor, reprendiendo de ilegal el decreto de las Córtes. Eran eco de los parciales del gobierno intruso, y de la ambicion inmoderada de algunos jefes.

Acaudillaba á éstos en su descontento D. Francisco Ballesteros (10), quien abiertamente trató de desobedecer al Gobierno. Capitan general de Andalucía, encontrábase á la sazón en Granada, al frente del cuarto ejército, y mal avenido en todos tiempos con el freno de la subordinacion, gozando de cierta fama y popularidad, parecióle aquélla acomodada coyuntura de ensanchar su poder y dar realce á su nombre, lisonjeando las pasiones del vulgo, opuestas en general al influjo extranjero. Descubrió á las claras su intento en un oficio dirigido al Ministro de la Guerra, con fecha 23 de Octubre, en cuyo contenido, haciendo inexacta y ostentosa reseña de sus servicios en favor de la causa de la independencia ántes y despues del 2 de Mayo de 1808, que se hallaba en Madrid, y no hablando con mucha mesura de la fe inglesa, requería que ántes de conferir el marido á lord Wellington se consultase en la materia á los ejércitos nacionales y á los ciudadanos, y que si unos y otros consintiesen en aquel nombramiento, él áun así y de todos modos se retiraría á su casa, manifestando en eso sólo el honor y bien de su país le guiaban, y no otro interes ni mira particular. Dañoso tan mal ejemplo si hubiera cundido, no tuvo afortunadamente seguidores, á lo que contribuyó una pronta y vigorosa determinacion de la Regencia del reino, la cual, resolviendo separar del mando á Ballesteros, envió á Granada para desempeñar este encargo al oficial de artillería D. Ildefonso Diez de Ribera, hoy conde de Almodóvar, el cual, ya conocido en el sitio de Olivenza, habia pasado últimamente á Madrid á presentar, de parte del Gobierno, á lord Wellington las insignias de la órden del Toison de oro. Iba autorizado Ribera competentemente con órdenes firmadas en blanco para los jefes, y de las que debia hacer el uso que juzgase prudente. Era segundo de Ballesteros D. Joaquin Virués, y á falta del General en jefe recaia en su persona el mando segun ordenanza; mas no conceptuándose sujeto apto para

---

(10) Hemos escrito siempre el apellido de *Ballesteros* con *B*, con arreglo á la verdadera ortografía de su procedencia, seguida por todos los periódicos de aquel tiempo. Sin embargo, este general se firmaba *Vallesteros* con *V*.

el caso, echóse mano del Príncipe de Anglona, de condicion firme y en sus procederes atinado, quien todavía se mantenía en Granada, si bien pronto á separarse de aquel ejército, disgustado con Ballesteros por sus demasías. Avistáronse el Príncipe y Ribera, y puestos de acuerdo, llevaron á cumplido efecto las disposiciones del Gobierno supremo. Para ello apoyáronse particularmente en el cuerpo de guardias españolas, sucediendo que las otras tropas, aunque muy entusiasmadas por Ballesteros, luégo que vislumbraron desobedecía éste á la Regencia y las Cortes, abandonáronle y le dejaron solo. Intentó Ballesteros atraerlas; pero desvaneciéndosele en breve aquella esperanza, sometiése á su adversa suerte, y pasó á Ceuta, adonde se le destinó de cuartel. En el camino no se portó cuerdamente, dando ocasion con sus importunas reclamaciones, tardanzas y desmanes á que no se desistiese de proseguir contra él una causa ya empezada, la cual á dicha suya no tuvo éxito infausto, tapando las faltas hasta el mismo Príncipe de Anglona, quien en su declaracion favoreció á Ballesteros generosamente. La Regencia, sin embargo, graduó el asunto de grave, y publicó con este motivo, en Diciembre, un manifiesto especificando las razones que habia tenido presentes para separar del marido del cuarto ejército á aquel general, de suyo insubordinado y descontentadizo siempre. Cierto que la popularidad de que gozaba Ballesteros, y el atribuir muchos su desgracia al ardiente deseo que le asistia de querer conservar intactos el honor y la independencia nacional, eran causas que reclamaban la atencion del Gobierno para no consentir se extraviase sin defensa la opinion pública. Adornaban á Ballesteros, valeroso y sobrio, prendas militares recomendables en verdad, mas oscurecidas algun tanto con sus jactancias y con el prurito de alegar ponderados triunfos, que cautivaban á la muchedumbre incauta. Creíala dicho general tan en favor suyo, que se imaginó no pendia más de tener universal séquito cualquiera opinion suya, que de cuanto él tardase en manifestarla. Pone tambien maravilla que hubiera quien sustentase que en conferir el mando á Wellington se comprometia el honor y la independencia española. Peligra ésta y se pierde aquél cuando un país se expone irreflexivamente á una desmembracion, ó concluye estipulaciones que menoscaban su bienestar ó destruyen su prosperidad futura. En la actualidad ni asomo habia de tales riesgos, y cuando éstos no amagan, todos los pueblos en parecidos casos han solido de positar su confianza en caudillos aliados. La Grecia antigua vió á Temístocles sometido al general de Esparta, tan inferior á él en capacidad y militares aciertos. Capitaneó Vendome las armas aliadas hispano-francesas en la guerra de

sucesion, y en nuestros dias, el mismo Wellington ha tenido bajo sus órdenes los ejércitos de las principales potencias de Europa, sin que por eso resultase para ellas desdoro ni mancilla alguna.

Á la insubordinacion y desobediencia de Ballesteros acompañó tambien el malograrse la toma del castillo de Búrgos. Dejamos allí á los ingleses dueños del hornabeque de San Miguel, preliminar necesario para continuar las demas acometidas. Establecieron en seguida una batería por el lado izquierdo del hornabeque, decidiendo lord Wellington, áun ántes de concluirla, escalar el recinto exterior en la noche del 22 al 23 de Setiembre. Frustróse la tentativa, y entónces hicieron resolucion los anglo-portugueses de continuar sus trabajos, queriendo derribar por medio de la mina los muros enemigos. Abrieron al efecto una comunicacion que arrancaba del arrabal de San Pedro, y convirtieron en una paralela un camino hondo colocado á cincuenta varas de la línea exterior. En la noche del 29 jugó con poco fruto la primera mina, siendo rechazados los aliados en el asalto que intentaron. No por eso desistieron todavía de su empresa, y con diligencia practicaron una segunda galería de mina, tambien enfrente del arrabal de San Pedro. Lista ya ésta el 4 de Octubre, se puso fuego al hornillo; habíase apénas verificado la explosion, cuando ya coronaban las brechas las columnas aliadas. Fué en el trance gravemente herido el teniente coronel de ingenieros Jones, diligente autor de los sitios de estas campañas.

Alojados los ingleses en el primer recinto, comenzaron á cañonear el segundo y á practicar al propio tiempo un ramal de mina que partia desde las casas cercanas á San Roman, ántes iglesia, ahora almacen de los franceses. La estacion mostrábase lluviosa e inverniza, y las balas de á 24 no dejaban ya de escasear para los sitiadores. Sin embargo, juzgando éstos accesible la brecha del segundo recinto, le asaltaron el 18 de Octubre, mas con éxito desgraciado y á punto que los desalentó en gran manera. Por eso, y porque los movimientos del enemigo ponian en cuidado á lord Wellington, determinó éste descercar el castillo, como lo verificó el 22 del propio mes á las cinco de la mañana, sin conseguir tampoco, segun intentó, la destruccion del hornabeque de San Miguel.

Bien preparados los ingleses hubieran debido tomar los fuertes de Búrgos en el espacio de sólo ocho dias. Disculparon su descalabro con la falta de medios, y con no haber calculado bastantemente la resistencia con que encontraron. Mas entónces, ¿para qué emprender un sitio tan inconsideradamente?

Eran de gravedad los movimientos que forzaron á lord Wellington á

alejarse de Búrgos. Verificábanlos los ejércitos franceses del Mediodía y centro y los llamados de Portugal y el Norte. Los primeros pusieron en marcha luego que en Fuente la Higuera celebró el rey José una conferencia con los mariscales Jourdan, Soult y Suchet. Hizo éste grandes esfuerzos para que no se evacuase á Valencia, y lo consiguió; revolviendo sólo sobre Madrid por Cuenca y por Albacete las tropas de los otros mariscales.

Creían los franceses trabar refriega en el tránsito con sir Rowland Hill, quien despues de su venida de Extremadura manteníase á orillas del Tajo, en Aranjuez y Toledo, engrosado con la fuerza anglo-portuguesa, que compuso parte de la guarnicion de Cádiz durante el sitio, y con las tropas que trajo de Alicante D. Francisco Javier Elío, y ascendían á 6.000 infantes, 1.200 caballos y ocho piezas de artillería, que se situaron á la izquierda del ejército británico en Fuentidueña. Mas advertido el general inglés de los intentos del ejército enemigo, avisóselo á Wellington, y poniéndose en camino de Madrid, abandonó sus estancias y voló uno de los ojos del puente llamado Largo, sobre el Jarama, en cuyas riberas dejó, con algunas tropas, al coronel Skerret.

Tuvo éste allí un choque con el ejército de José, que seguía la huella de sus contrarios, quienes de resultas desampararon del todo las orillas del Jarama. El general Hill pasó por Madrid el 31 de Octubre; desocupó los almacenes de los franceses; hizo volar la casa de la China; destruyó las obras del Retiro, y recogiendo las divisiones que lord Wellington había dejado apostadas dentro y en los alrededores de la capital, continuó su viaje y traspuso las sierras de Guadarrama, dirigiéndose sobre Alba de Tórmes, con objeto de unirse á las demas fuerzas de su nacion, que guerreaban en Castilla la Vieja. Acompañáronle las divisiones principales del quinto ejército español que trajera de Extremadura; mas no las del segundo y tercero, que con Elío habían avanzado á la Mancha, y se le habían juntado, las que tornaron á su respectivo distrito de Valencia y Murcia, cruzando el Tajo por el puente de Auñón, y dando lugar á que José avanzase á Madrid, para continuar ellas su marcha por los lindes de la provincia de Cuenca.

Presentaba Madrid en aquellos días penoso y melancólico aspecto. Las autoridades se habían alejado apresuradamente de la villa, y aun el Ayuntamiento, ya establecido constitucionalmente, habíase quedado reducido á cuatro regidores, por la huida de los otros. Hubieran sobrevenido gravísimos males sin la presencia de ánimo de D. Pedro Sainz de Baranda, y el sacrificio que hizo éste de su persona. Respetable vecino de

Madrid y tambien regidor, se puso al frente de todo, erigido en primera y única cabeza de la capital. Las disposiciones de Baranda fueron vigorosas y cuerdas, impidiendo con ellas se realizasen los desórdenes que amagaban, y eran de temer en una gran poblacion, sola y entregada á sí misma en circunstancias críticas y dolorosas.

Entró José en Madrid á las dos de la tarde del 2 de Noviembre. No fué su mansion larga ni duradera, pues de nuevo evacuó la capital el 7 del propio mes, no viéndose entónces los vecinos expuestos á la precaria suerte de pocos dias ántes, por conocer ya el remedio á su desamparo. Baranda, que se habia recogido á su casa durante la breve permanencia de José en Madrid, fué repuesto en el ejercicio de sus facultades, y continuó portándose atinadamente, hallando recursos que satisficiesen los excesivos pedidos de varios guerrilleros que se agolparon á la capital, y los del general Bassecourt, que el día 11 pisó tambien sus calles.

Enderezó su marcha José tras de los ingleses hácia Castilla la Vieja con intento de obrar mancomunadamente con sus ejércitos de Portugal y el Norte. Lord Wellington, ántes de levantar el sitio del castillo de Búrgos, prevínose para no ser sorprendido por las masas enemigas que de encontrados puntos venían sobre sus huestes; y ya desde el 18 de Octubre se situó en ademan de defenderse y de estar dispuesto para la retirada, colocando la derecha de su ejército anglo-hispano-portugues en Ibear, sobre el Arlanzon, el centro en Mijaradas y la izquierda en Sotopalacios.

Á la propia sazón habian reunido los franceses sus fuerzas disponibles de los ejércitos de Portugal y el Norte en Monasterio, empezando á avanzar el 20 á Quintanapalla, de donde tuvieron otra vez que replegarse, flanqueándolos por su derecha sir Eduardo Paget. Wellington, sin embargo, no difirió levantar el sitio del castillo de Búrgos, segun hemos visto; é hizolo con tal presteza, que el enemigo no advirtió hasta tarde el movimiento de los aliados, quienes pudieron continuar retirándose sin molestia, y pasar tranquilamente el Pisuerga por Torquemada y Cordobilla. Varios cuerpos de caballería ligera al mando de sir Stapleton Cotton, don Julian Sanchez y alguna que otra partida española componian la retaguardia. El enemigo, adelantándose, trabó refriegas parciales con los aliados, cuyas tropas, colocadas á la márgen del Carrion, sentaron el 24 su ala derecha en Dueñas y su izquierda en Villamuriel. Por aquí se extendia el sexto ejército español á las órdenes del general Castaños, cuyo jefe de estado mayor era D. Pedro Agustin Giron. Habíansele agregado guerrillas y gente del séptimo ejército, como lo era la division de D. Juan

Diaz Porlier. Atacó el enemigo la izquierda de los aliados sin fruto; hizo Wellington en seguida marchar alguna fuerza sobre Palencia con deseo de cortar los puentes del Carrion, pero malogrósele, habiendo agolpado allí los franceses suficiente tropa que se lo estorbaba.

Pasó el enemigo aquel río por Palencia, y hubo entónces Wellington de cambiar su frente, consiguiendo volar dos puentes que hay tambien sobre el Carrion, en Villamuriel y cerca de Dueñas. No acertaron los aliados á destruir otro sobre el Pisuerga, en Tariago, por donde cruzaron aquel rio los enemigos, como tambien el Carrion, siguiendo un vado peones suyos y jinetes. Ordenó Wellington que se contuviese á los contrarios en su ataque, y se trabó una pelea, en la que tuvieron parte los españoles. De éstos, el regimiento de Astúrias ció un momento, y notándolo D. Miguel de Alava, que asistia al lado de lord Wellington, se adelantó para reprimir el desórden, y evitar que hubiese quiebra en la honra de las filas de sus compatriotas á la vista de tropas extranjeras. Intrépido Álava avanzó demasidamente, y recibió una herida grave en la ingle. Pero los españoles entónces, sin descorazonarse, volvieron en sí y repeliaron al enemigo, ayudándolos y completando la comenzada obra los de Brunswick y el general Oswald con la quinta division de los aliados.

Luégo cejó lord Wellington, repasando el Pisuerga por Cabezon de Campos. En la mañana del 27 apareció Souham, general en jefe del ejército enemigo, á cierta distancia, sin que intentase ningun ataque de frente, limitándose, segun se advirtió despues, á enviar destacamentos via de Cigales, por su derecha, para posesionarse del puente del Pisuerga en Valladolid, y colocarse así á espaldas del ejército aliado. Prolongaron los franceses su derecha aún más allá el dia 28, siendo su intento enseñorearse del puente del Duero en Simáncas; pero defendido este paso, como el de Valladolid, por el coronel Halkett y el Conde Dalhousie, volaron los aliados el primer puente, y á prevencion tambien el de Tordesillas. Mas no bastándole á lord Wellington estas precauciones, y temeroso de ser envuelto por su izquierda, se echó atras, y pasó el Duero por los pueblos de Puente Duero y Tudela, cuyos puentes voló, lo mismo que el de Quintanilla y los de Zamora y Toro. Advertido Wellington de que los enemigos, cruzando á nado el Duero, habian caído de golpe sobre la guardia inglesa de Tordesillas, y que reparaban el puente para facilitar la comunicacion de ambas riberas, se encaminó al punto en donde se alojaba el ala izquierda, apostando el 30 sus tropas en las alturas que se elevan entre Rueda y Tordesillas. Nada, sin embargo, intentaron los enemigos por de pronto, contentándose con posesionarse nuevamen-

te de Valladolid y Toro, y extenderse por la derecha de sus márgenes. Tampoco Wellington se movió ántes del 6 de Noviembre, ora por desistir el enemigo de su acosamiento, ora por ser necesario dar descanso á sus tropas, y treguas al general Hill para que se le juntase. Aquel mismo dia llegó dicho general á Arévalo, y púsose en comunicacion con Wellington, quien le mandó proseguir sin tardanza su movimiento por Fontiberos, sobre Alba de Tórmes. La marcha de Hill pecó de fatigosa por escasez de víveres, cuya falta se achacó al comisariato inglés, impróvido y más cuidadoso á la sazón del interes propio que del de sus tropas. Tambien habia decaido algun tanto la virtud militar en las divisiones que mandaba Hill.

Aparejados ya los puentes de Tordesillas y Toro por el enemigo, no alargó más tiempo Wellington su permanencia en las últimas estancias, colocándose el 8 de Noviembre en las que ántes habia ocupado frente de Salamanca. Pasó el mismo dia sir Rowland Hill el Tórmes por Alba, y guarneció el castillo.

Detenidos los franceses en recoger provisiones, y atentos á unirse con los ejércitos del Mediodía y centro, como lo fueron verificando en estos dias, no molestaron á los aliados en sus marchas. Las fuerzas enemigas que se reunieron ahora ascendían á 80.000 infantes y 12.000 caballos, lo más florido de lo que tenían en España, si no contamos algunas de las tropas de Suchet. Constaba el ejército aliado de 48.000 infantes y 5.000 caballos, y ademas 18.000 españoles, fuera de las guerrillas y de la gente de Extremadura que venía con Hill.

Comenzaron los enemigos á hacer ademan de atacar el 9 á los aliados por el lado de Alba, mas no se trabó pelea importante hasta el 14. En este dia vadearon los franceses el Tórmes por tres puntos, dos leguas por cima de Alba. Quiso lord Wellington poner estorbos al paso del frances por aquel rio; pero siendo ya tarde y conociendo estar muy afianzados los enemigos en sus posiciones, determinó alejarse. Puso en ejecucion su pensamiento despues de haber recogido en la misma tarde del 14 las tropas suyas apostadas en las cercanías de Alba, y de haber destruido los puentes del Tórmes, ciñéndose á dejar en el castillo de aquella villa, palacio de sus duques, una guarnicion española de 300 hombres á las órdenes de D. José Miranda Cabezon.

Abandonó Wellington del todo el 15 las estancias de Salamanca, y partió distribuido su ejército en tres trozos que conservaban paralelas distancias, en cuanto lo consentia el terreno doblado de aquella comarca. Mandaba la primera columna el general Hill; la segunda ó centro sir

Eduardo Paget; componían la tercera los españoles. Cruzaron todos el Zurguen, y acamparon por la noche en los olivares que lame el Valmúza, tributario del Tórmes. El tiempo lluvioso, las aguas rebalsadas en las tierras bajas, los víveres escasos, si bien se había surtido al soldado de pan para seis días, pero inútilmente, por la relajación de la disciplina, sino en los casos de pelear. Los caballos desprovistos de forraje y pienso, teniendo que acudir para alimentarse á pacer la hierba ó á ramonear y descortezar los árboles. Desaprovecharon los franceses, asistidos como se hallaban de fuerzas superiores, esta oportunidad de introducir desórden y aumentar la turbación en el ejército aliado.

Permanecieron los nuestros al raso el 16 en un bosque, á dos leguas de Tamámes. Al día siguiente dirigieron su marcha por unos encinares, y detras el enemigo sin perder la huella de la retaguardia. Aquí pastaban unas pjaras, y con ellas rompieron recia escaramuza los soldados, así españoles como ingleses y portugueses, echándose la culpa unos á otros; hubo ocasion en que el fuego indujo á error, creyendo ser lid con hombres la que sólo lo era contra desdichados animales.

El desconcierto que nacia de tales incidentes, junto con lo pantanoso é intransitable de los caminos, y lo hinchado de los arroyos, que desunían las divisiones ó columnas, fué causa de que resultase entre dos de ellas un espacioso claro. Disgustado sir Eduardo Paget, y deseoso de averiguar en qué consistia, cabalgó de una á otra, en sazón justamente en que se interponia entre las columnas separadas un cuerpo de caballería enemiga, que, cayendo de repente sobre el general inglés, le hizo prisionero sin resistencia. Afortunadamente ignoraban los franceses la verdadera situación de los aliados; sino, otros perjuicios pudieran haberse seguido. Desde el Tórmes no hubo más que cañoneo y escaramuza por ambas partes, con amago á veces de formalizarse campal batalla. Lord Wellington, cuya serenidad y presencia por do quiera alentaba y contribuía á que el soldado no diese suelta á su indisciplina, estableció en la noche del 18 sus cuarteles un Ciudad-Rodrigo, y cruzando en los días 19 y 20 el Agueda, pisó en breve tierra de Portugal. Los españoles se dirigieron por lo interior de este reino á Galicia; alojándose otra vez en el Vierzo el sexto ejército para rehacerse y prepararse á nuevas campañas. Tornó Porlier á Astúrias; y las fuerzas de Extremadura que habian venido con Hill se acuartelaron durante el invierno en Cáceres y pueblos inmediatos; quedando cerca de Wellington pocos cuerpos y guerrillas, de las que algunas regolfaron otra vez á Castilla.

Entre tanto el gobernador de Alba de Tórmes, don José Miranda Ca-

bezón, á quien encargó Wellington sustentar el punto, condújose dignamente; reanimando su espíritu, si menester fuera, la vista de aquellas paredes en donde se representaban todavía las principales batallas de que saliera vencedor en otro tiempo el inmortal duque de Alba D. Fernando Alvarez de Toledo. Solo Miranda, y ya léjos los ejércitos aliados, empezaron los enemigos á intimarle la rendición. Respondió Miranda siempre con brío á los diversos requerimientos, no desperdiciando coyuntura de hacer salidas y coger prisioneros. Ocuparon luégo los franceses los lugares altos para descubrir á los nuestros, que se defendían bravamente detras de los muros, de las ruinas y parapetos del castillo. Así continuaron hasta el 24 de Noviembre, en cuya noche resolvió el gobernador evacuar aquel recinto, dejando sólo dentro al teniente de voluntarios del Ribero D. Nicolas Solar, con 20 hombres, 33 enfermos y 112 prisioneros hechos en las anteriores salidas. Ordenó á éste su jefe sostener fuego vivo por algun tiempo para cubrir al sitiador la escapada de la guarnición. Al ser de dia llegó Miranda con los suyos al Carpio; pero teniendo que andar por medio de los enemigos y de sus puestos avanzados, vióse obligado, para evitar su encuentro, á marchar y contramarchar durante los días 25, 26 y 27, hasta que el 28, favorecido por un movimiento de los contrarios, y ejecutando una marcha rápida, se desembarazó de ellos, y se acogió libre al puerto del Pico. Antes de salir Miranda del castillo se correspondió con el general frances que le sitiaba, y en el último oficio djóle (11): «Emprendo la salida con mi guarnición; si las fuerzas de V. S. me encontrasen, siendo compatibles, pelearémos en campo raso. Dejo á V. S. el castillo con los enseres que encierra, particularmente los prisioneros, á quienes he mirado con toda mi consideración, y omito suplicar á V. S. tenga la suya con el oficial, enfermos y demas individuos que quedan á su cuidado, supuesto que sus escritos me han hecho ver la generosidad de su corazón.» Celebró debidamente lord Wellington el porte de Miranda, y tributáronle todos justas alabanzas.

Penetrado que hubo en Portugal el general inglés, tomó cuarteles de invierno, acantonando su gente en una línea que se extendía desde Lamego hasta las sierras de Baños y Béjar, así para proporcionarse vituallas con mayor facilidad, como para atalayar todos los pasos, y de manera que pudieran sus diferentes cuerpos reconcentrarse con celeridad y presteza. Los franceses, por su parte, tomaron varios rumbos y posiciones, esparciéndose por Castilla la Vieja, á las órdenes de Souham y Ca-

---

(11) Véase *la Gaceta de la Regencia de las Españas* de 29 de Diciembre de 1812.

ffarelli, sus ejércitos de Portugal y el Norte, y revolviendo sobre Castilla la Nueva, regidos siempre por el rey intruso y los mariscales Jourdan y Soult, los del centro y Mediodía.

En la tarde del 3 de Diciembre entró de nuevo José en Madrid, enluteciéndose los corazones de los vecinos, comprometidos cada vez más con idas y venidas de unos y otros, y abrumados de cargas y de no interrumpidas infelicidades y desventuras. Mandó, no obstante, el gobierno intruso que se iluminasen las casas por espacio de tres días en celebridad del retorno de su monarca, quien se mostró aún más placentero y apacible que lo que tenía de costumbre. Las demostraciones de alegría apesadumbraban á los moradores en vez de divertirlos y entretenirlos, mirándolas como mofa de sus miserias; ocasion bastante, cuando no fuera ayudada de tantas otras, para que creciese la indignacion en los pechos.

Repartidas las tropas británicas, segun hemos dicho, y aseguradas en sus puestos, pasó Wellington una circular á todos los comandantes de los cuerpos, notable por sus razones y oportunos reparos, y por inferirse tambien de su contexto el desarreglo y la insubordinacion á que habian llegado los soldados ingleses. «La disciplina del ejército de mi mando (decía Wellington) en la última campaña ha decaído á tal punto, que nunca he visto ni leído cosa semejante. Sin tener por disculpa desastres ni señaladas privaciones.....» «Hanse cometido desmanes y excesos de toda especie, y se han experimentado pérdidas que no debieran haber ocurrido.....»

Achacaba en seguida el general inglés muchas de estas faltas al descuido y negligencia de los oficiales en los regimientos, y prescribía atinadas reglas para aminorar el mal y destruirle en lo sucesivo. Produjo esta circular maravilloso efecto.

Poco despues se trasladó lord Wellington á Cádiz, á fin de concertarse con el Gobierno español acerca de la campaña que debia abrirse en la primavera, y tambien para dar descanso y recreo al ánimo, despues de tan continuadas fatigas. Llegó Wellington á aquella ciudad el 24 de Diciembre, y la Regencia y las Córtes, y los grandes y los vecinos, todos se esmeraron en su obsequio. Diéronle los regentes el 26 un convite espléndido, al que asistió una comision de las Córtes. En correspondencia hizo otro tanto el embajador británico sir Enrique Wellesley, hoy lord Cowley, hermano del General, con la singularidad de haber invitado á todos los diputados. Festejóle la grandeza de España, casi toda ella reunida en Cádiz, como muy adicta á la causa de la patria, celebrando

un suntuoso baile, á que concurrió lo más florido y bello de la poblacion. Quisieron turbar la *fiesta* mal intencionados, ó gente enojada de no haber sido parte en el convite, escribiendo una carta anónima á la Condesa-Duquesa de Benavente, Duquesa tambien viuda de Osuna, que por sus particulares respetos y elevadas circunstancias presidía la funcion; tratábase en su contenido de atemorizar á esta señora con el anuncio de que la cena estaba envenenada. Vislumbróse luégo el objeto de tan falso y oficioso aviso, y léjos de alterarse la alegría, aumentóse, dando lugar tal incidente á donaires y chistosas agudezas. Otra casual ocurrencia hizo aquella noche subir más de punto el comun gozo, y fué la noticia que entónces llegó de los desastres y completa ruina que iba sufriendo el ejército frances al retirarse de su campaña de Rusia; suaves recuerdos de hechos que presenciamos, tanto más indelebles para nosotros, cuanto acaecieron en nuestra primera mocedad.

A tales diversiones y fiestas, grandes atendiendo á la estrechez de los tiempos, nacidas todas del entusiasmo más puro y desinteresado, acompañaron ciertas y honoríficas muestras de aprecio, dispensadas á la persona de lord Wellington. Debe considerarse como notable la de una comision que nombraron las Córtes para irle á cumplimentar á su casa luégo de su arribo á Cádiz; paso preparatorio de una nueva y mayor distincion con que se lo honró.

Fué ésta recibirle las Córtes dentro de su mismo seno, y concederle asiento en medio de los diputados. Merced que Wellington tuvo en grande estima, como hijo de un país en cuyo gobierno tienen tanta parte los cuerpos representativos. Verificóse esta ceremonia el 30 de Diciembre. Presidía las Córtes D. Francisco Císcar (12). Leyó lord Wellington un discurso sencillo en castellano, pero enérgico, realzando el vigor de las palabras el acento mismo aspirado y fuerte con que le pronunció. Respondióle el Presidente de las Córtes atinadamente, si bien de un modo algo ostentoso, y propio sólo de los tiempos en que Alejandro Farnesio (13) y el Duque de Fera dominaron en Francia, y dentro mismo de los muros parisienses.

No se crea que sólo á ceremonias y apacibles entretenimientos se limitaron las ocupaciones de lord Wellington en Cádiz. Otras disposicio-

---

(12) Véanse estos discursos en el *Diario de las discusiones y actas de las Córtes extraordinarias de Cádiz*, tomo XVI, páginas 461 y 462. Sesión del 30 de Diciembre de 1812.

(13) *Las guerras de los Estados-Bajos*, por D. Cárlos Coloma, libro VII. Allí se verá cómo mandaba el Duque de Fera durante la ocupacion de París por los españoles.

nes y acuerdos se tomaron, enderezados á dar impulso á la guerra é introducir mayor sencillez en la administracion. La Regencia habia por este tiempo refundido en cuatro ejércitos de operaciones, con dos de reserva, los que ántes se hallaban distribuidos en siete. Formaba el primero el de Cataluña, y se puso á las órdenes del general Copons y Navia. El segundo componfáse del segundo y tercero de ántes, y continuaba mandándole D. Francisco Javier Elío. El cuarto antiguo daba el sér al tercero nuevo, y á su frente el Duque del Parque. Constaba el cuarto de ahora de los anteriores quinto, sexto y séptimo, y regfale el general Castaños. De los de reserva debia organizarse uno en Andalucía al cuidado del Conde del Abisbal; otro en Galicia al de don Luis Lacy. De estas fuerzas, 50.000 hombres tenian que maniobrar á las inmediatas órdenes de lord Wellington. Tambien á instancia de la Regencia promulgaron las Córtes un decreto (14), con fecha 6 de Enero del año entrante de 1813, en el

---

(14) La Regencia del reino se ha servido expedir el decreto siguiente: Don Fernando VII, por la gracia de Dios y por la Constitucion de la monarquía española, rey de las Españas, y en su ausencia y cautividad la Regencia del reino, nombrada por las Córtes generales y extraordinarias, á todos los que las presentes vieren y entendieren, sabed: «Que las Córtes han decretado lo siguiente: «Las Córtes generales y extraordinarias, constantemente animadas del más vivo deseo de promover en cuanto esté de su parte la pronta expulsion de los injustos y crueles invasores de la península española, proporcionando para ello á la Regencia del reino todos los recursos y medios que dependen de la potestad legislativa, han tomado en la más seria consideracion lo que con fecha de 29 y 31 de Diciembre último les ha expuesto la misma sobre un mejor y más terminante arreglo de las facultades y responsabilidad de los generales en jefe de los ejércitos nacionales; y queriendo que sea más eficaz y expedita la cooperacion que á dichos generales deban prestar los jefes políticos y ayuntamientos, como los intendentes de los ejércitos y provincias, sin que se confundan sus diferentes funciones, ni se choquen sus providencias, ántes bien se facilite y asegure el servicio militar por medidas conformes á la Constitucion política de la monarquía; han venido en decretar y decretan que miéntras lo exijan las circunstancias, se observen puntualmente las disposiciones contenidas en los artículos siguientes: 1.º Se autoriza á la Regencia del reino para que pueda nombrar á los generales en jefe de los ejércitos de operaciones capitanes generales de las provincias del distrito, que segun crea conveniente, asigne á cada uno de estos ejércitos. 2.º En cada provincia de las que compongan el distrito referido habrá un jefe político, el cual, y lo mismo el intendente, alcaldes y ayuntamientos, obedecerán las órdenes que en derecho les comunique el general en jefe del ejército de operaciones en las cosas concernientes al mando de las armas y servicio del mismo ejército, quedándoles libre y expedito el ejercicio de sus facultades en todo lo demas. 3.º Los generales en jefe de los ejércitos de operaciones podrán, siempre que convenga, destacar oficiales para que cuiden de la conservacion de algun distrito ó provincia de las de la demarcacion de su ejército, ó para hacer la guerra, en cuyo caso, y en el de que el oficial destacado se introduzca en alguna plaza, cuando sea importante

que se deslindaban las facultades de los generales, de los jefes políticos y de los intendentes, con otras disposiciones dirigidas á destruir, ó por lo ménos suavizar todo ludimiento ó roce de las autoridades entre sí; tratándose igualmente de mejorar la cuenta y razon y toda la parte adminis-

---

al servicio de la nacion, se observará lo prevenido en el artículo 7.º, título III, tratado 7.º de las ordenanzas generales. Los generales en jefe serán responsables por todos sus actos y los de los oficiales que obren bajo sus órdenes. 4.º El general del ejército de reserva de Andalncia podrá ejercer en las provincias de Sevilla, Córdoba y Cádiz, si la Regencia lo estima conveniente, las facultades de capitán general de provincia, con arreglo á ordenanza. Los jefes políticos, intendentes, alcaldes y ayuntamientos de las tres provincias expresadas obedecerán las órdenes que en derecho les comunique el general del referido ejército de reserva en las cosas concernientes al mando de las armas y servicio del mismo ejército, quedándoles libre y expedito el ejercicio de sus facultades en todo lo demas. 5.º En cada ejército de operaciones habrá un intendente general del mismo, cuya autoridad en lo relativo si la guerra se extenderá á todas las provincias de la demarcacion de aquel ejército, quedándole en esto subordinados los intendentes de ellas con arreglo á la instruccion de 23 de Octubre de 1749, y la real orden de 23 de Febrero de 1750. 6.º Consiguiente á este plan, y sin perjuicio de las providencias que la Regencia tome para que desde luégo se ponga en ejecucion, propondrá la misma á las Córtes la planta de las oficinas de cuenta y razon de intendencias de ejército. 7.º La recaudacion é inversion de los fondos de todas las provincias se hará por el orden proscrito en la Constitucion, leyes y decretos de las Córtes. 8.º El Gobierno asignará sobre el producto de las rentas y contribuciones de las provincias de la demarcacion de cada ejército lo que sea necesario para la manutencion del mismo, sin perjuicio de que provea á ella con otros fondos en caso de que no basten dichas rentas y contribuciones. 9.º En su consecuencia, la Regencia presentará sin demora á las Córtes el presupuesto de los gastos del ejército y el estado de los productos de las rentas y contribuciones de las provincias de la demarcacion de cada uno. 10. Los intendentes generales de los ejércitos estarán á las órdenes de sus generales en jefe, con arreglo á los artículos 1.º y 2.º, tít. XVIII, tratado 7.º de las ordenanzas generales, en cuanto no se opongan al art. 353 de la Constitucion. 11. Ningun pago, de cualquier clase que sea, para los individuos ó gastos de un ejército, se abonará, sin que ademas de la intervencion necesaria, y del V.º B.º del intendente, lleve tambien el del general en jefe, el cual por su parte será responsable de la legitimidad del pago. Lo tendrá entendido la Regencia del reino, y dispondrá lo necesario á su cumplimiento, haciéndolo imprimir, publicar y circular.— FRANCISCO CÍSCAR, presidente.— FLORENCIO CASTILLO, diputado secretario.— JOSÉ MARÍA COUTO, diputado secretario.— Dado en Cádiz, á 6 de Enero de 1813.— A la Regencia del reino.»

Por tanto, mandamos á todos los tribunales, justicias, jefes, gobernadores y demAs autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas, de cualquiera clase y dignidad, que guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar el presente decreto en todas sus partes. Tendréislo entendido para su cumplimiento, y dispondréis se imprima, publique y Circule.— JOAQUIN DE MOSQUERA Y FIGEROA.— EL DUQUE DEL INFANTADO: JUAN VILLAVICENCIO.— IGNACIO RODRIGUEZ DE RIVAS.— JUAN PEREZ VILLAMIL. En Cádiz, á 7 de Enero de 1813.— Á D. José María de Carvajal.— (*Gaceta de la Regencia de les Españas* de 19 de Enero de 1813.)

trativa: asunto arduo de suyo, y más en aquella sazón, fecunda en pretextos y disculpas que ofrecían los reveses y azares de la guerra misma.

En breve salió lord Wellington de Cádiz y pasó á Lisboa, siendo acogido en los pueblos portugueses por donde transitó, desde Yélves hasta el Tajo, con regocijos públicos y arcos de triunfo muy engalanados. Acorde en estos viajes con los gobiernos de la Península, pudo sosegadamente prepararse á la ejecución del plan de la campaña próxima, que pronosticaban dichosa los trofeos adquiridos entónces contra Napoleon, no ménos en los templados y calorosos climas que bañan el Tórnes y el Manzanares, que en las frias y heladas regiones del Septentrion.